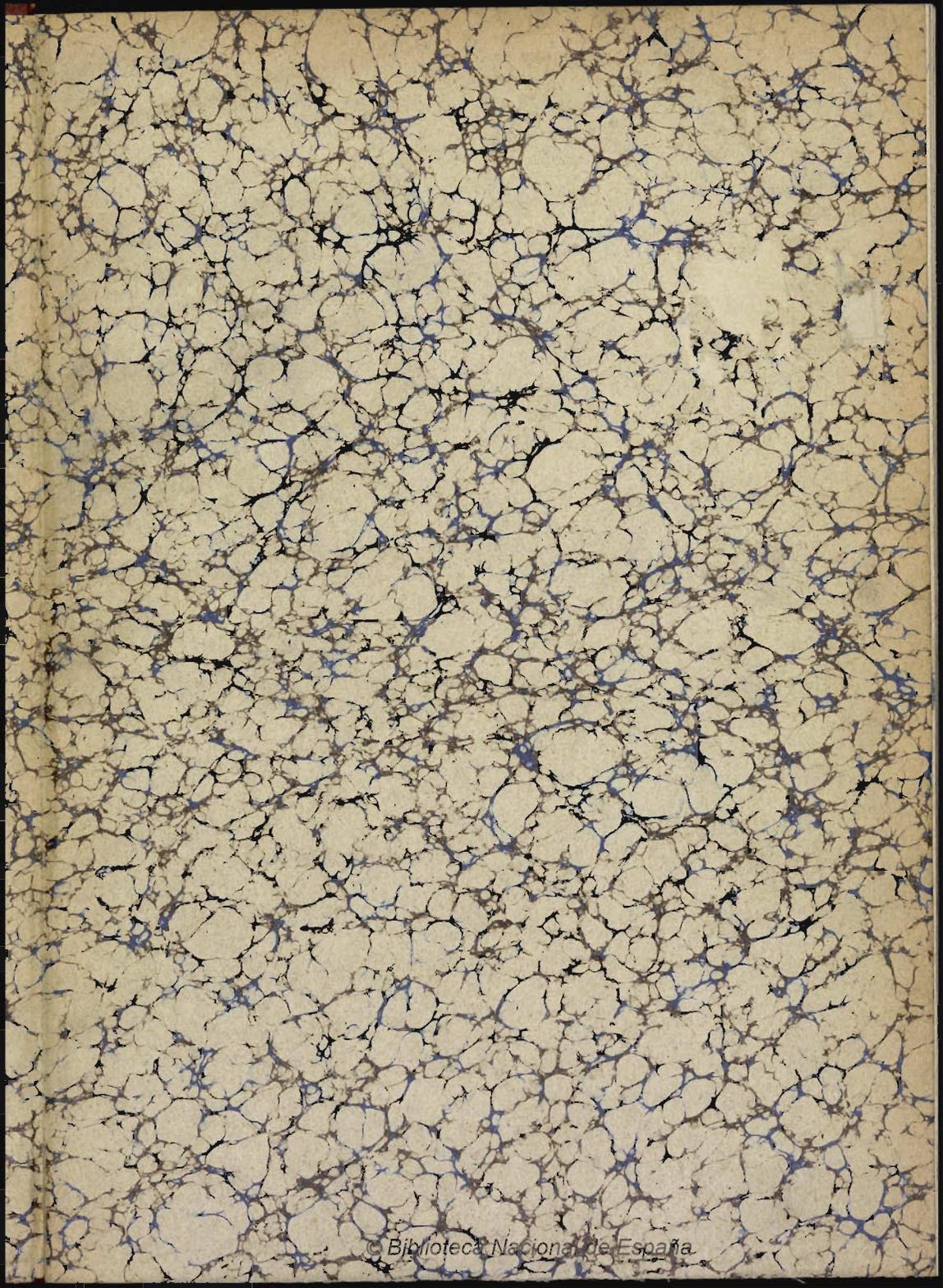


SOLIS. EURIDICE Y ORFEO



+
T
1711



ERUDICAL
YORRHO

DOCTOR ANTONIO DE...

...

M

I

I

Or
Ar
Fe
Ar
Fa



So
Fa

Ari
Ari
Ari
Ari
Ari
Ari
Fab
Ari
Fab

COMEDIA FAMOSA.

ERUDICE
Y ORFEO.

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Orfeo, Galan.✿ *Erudice, Dama.*✿ *Aqueronte, Barba.**Aristeo, Príncipe de Arcadia.*✿ *Irene, Infanta de Tracia.*✿ *Dos Ministros.**Felisardo, Príncipe de Macedonia.*✿ *Fenisa, Criada de Erudice.*✿ *Donna.**Anfriso, Criado de Orfeo.*✿ *Sirena y Celia, Criadas de Irene.*✿ *Música.**Fabio, Criado de Aristeo.*✿ *Aurelio, Criado de Felisardo.*✿ *Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Sale el Príncipe Aristeo embozado, haciendo señas que vaya con él Fabio su Criado, que sale tras él.

Fab. **H**ombre ó fantasma, quién eres, que con el rostro cubierto, la accion tarda, el paso incierto, y sin decir qué me quieres, en que te siga me empeñas? este es cómo? hablas ó no? mas señas haces? pues yo tengo miedo por mas señas.

Arist. No temas. *Fab.* Pues dónde vas?

Arist. Llégate, que quiero hablarte aparte. *Fab.* Aquí estoy aparte.

Arist. Mas cerca. *Fab.* No tengo mas.

Arist. Venos alguien? *Fab.* Solo estoy: aquí me matan á coces. *ap.*

Arist. Oye pues. *Fab.* Di.

Arist. Me conoces?

Fab. No por cierto.

Arist. Pues yo soy. *Descábrese.*

Fab. Señor, vuestra Alteza? *Arist.* Tente,

no me trates, Fabio, así.

Fab. Pues tú tan solo y aquí?

Arist. Cerca he dexado la gente, porque me resuelvo á entrar en Tracia disimulado, y habiéndome adelantado te alcancé á ver al llegar entre ese acompañamiento, y por no ser conocido, de esta suerte te he traído, donde ya te escucho atento lo que en Tracia te ha pasado, pues viniéndote delante, quisiste ser vigilante espía de mi cuidado, y decirme ántes que yo me descubra, si de Irene la rara hermosura tiene quanto la fama le dió: puesto que á Tracia he llegado á festejarla rendido, de conveniencias movido,

A

mas



mas que de amor convocado.

Fab. Mil novedades, señor,
tengo que decir. *Arist.* Di pues,
que yo te ofrezco despues
otra novedad mayor.

Fab. Tambien tienes relacion ?
pues ya que voy á empezar,
y que tú á luego pagar
quieres prestar la atencion,
mira bien ántes de oír,
quál tiene en tí mas poder,
ó la gana de saber,
ó la gana de decir.

Arist. Di tú lo que has prevenido,
que lo que á mí me ha pasado
es mas pára dilatado,
porque quando ha sucedido
un pesar, vuelve á encender
quien se atreve á repetirle,
y viene á ser el decirle
el segundo padecer.

Fab. Pues ya que le echas en sal
para decirle despues,
este mi suceso es,
escucha por otra tal.
Despues, heroyco Aristeo,
Príncipe de Arcadia invicto,
que me aparté de tu lado,
con el curioso motivo
de ver á la bella Infanta
de Tracia, cuyo marido
has de ser, y volver luego
con las nuevas al camino,
de si es tan hermosa como
casamenteros han dicho,
en cuyas pinturas son
milagros los basiliscos:
Y despues, en fin, de haber
caminado y discurrido
por esta fragosa tierra,
que armada de pardos riscos
y de impenetrables puertos,
al caminante molido
le dice mil asperezas,
que nunca llevan camino:
A la Ciudad de Vizancio,
Corte de este Reyno antiguo,
llegué cansado, y apenas

empezaba divertido
á ojear ese volumen
de vistosos edificios,
poniendo en lo mas notable
á mi atencion por registro,
quando (aquí te quiero atento)
en un plaustro de oro fino,
á quien arrastraban ocho
proporcionados arminos,
venia la bella Irene;
yo no sé lo que me pinto,
pero vaya de retrato:
tú repara, que al oírlo
no te me mueras de amores,
porque sentiré infinito
venir á pintar al muerto,
queriendo pintar al vivo.
Negro su cabello, es monstruo
en el blanco frontispicio,
porque nadie ha visto Negros
en Alemania nacidos.
Incapaz está de enmienda
un rostro tan bien escrito,
que si lo borra el cabello,
la frente lo saca en limpio.
Las corbas cejas parecen
alfanges, no Damasquinos,
que en vez de ser de damasco,
son de terciopelo liso.
Sus mexillas me perdonen
el silencio, que no digo
el color de sus mexillas,
porque es vergüenza decirlo.
La hermosura de sus ojos
no sigue el comun estilo,
sin duda para matarte
se los hicieron hechizes.
Dormidos buscan las almas,
y las cautivan dormidos,
y aunque dicen siempre presos,
nunca la soltura han dicho.
Como nadie los atiende,
que no muere de improviso,
la boca está tamañita
de ver tan cerca el peligro.
Nácar es el labio intacto,
Aura el aliento nativo,
pues qué mucho que haya dentro
aljo-

aljofar como llovido?
 Cada una de sus manos
 el ignorante que ha dicho,
 que es una pella de nieve,
 no sabe quantas son cinco.
 No he visto el pie, pero apuesto,
 que es tan agudo y remiso,
 que siendo bien hecho, tiene
 calidades de bien dicho.
 El talle es todo un ayroso
 proporcionado prodigio;
 miren qué talle de estarse
 un hombre con su alvedrío.
 Lo demas nadie lo puede
 afirmar; pero yo afirmo,
 que el faldellin es avaro,
 que es señal de que está rico.
 Yo apuesto, que ahora estás
 bendiciendo muy fruncido
 á Júpiter, por hallarte
 en un empeño tan lindo:
 pero escúchame otro poco,
 y dirás no muy bendito,
 porque en esta empresa tienes
 un competidor, que altivo
 te quiere ganar de mano,
 porque primero ha venido.
 El Príncipe Felisardo,
 del de Macedonia hijo,
 ha muchos dias que está
 festejándola rendido;
 y es bellaco para amante,
 porque es bellaco muy fino:
 y el vulgo, árbitro ciego
 de los agenos designios,
 como sin juicio se halla,
 de todo quiere hacer juicio:
 dice ya, que Felisardo
 de su afecto conducido,
 por el agrado de Irene,
 va caminando al cariño,
 y en dulce quietud disfruta
 ócios de favorecido.
 Esto, señor, esto fué
 lo que mi voz te previno,
 esta la beldad de Irene,
 este el riesgo que te aviso.
 No hay sino decir quien eres,

y tratar de ser mas digno
 que Felisardo, y echarle
 del puesto que se ha adquirido,
 sin desanimarte al ver
 su fineza en mejor sitio;
 que llegando de refresco,
 tú parecerás mas fino,
 porque siempre es el mas tierno
 el mas reciente cariño:
 y en los concursos de amor,
 las mugeres de este siglo
 sientan en peor lugar
 al amante mas antiguo.

Arist. Mucho me hubiera asustado
 la novedad que me has dicho,
 si á tiempo no la escuchara,
 que el corazon impedido,
 está con todo mi aliento
 socorriendo otro peligro.

Fab. Pues no sabremos, señor,
 qué es lo que te ha sucedido
 en quince dias no mas,
 que me aparté de contigo?

Arist. Y quince dias son pocos,
 para haberse producido
 un pesar, que en un instante
 suele destruir un siglo?

Fab. Helo de saber? *Arist.* Sí, Fabio.

Fab. Haslo de decir? *Arist.* Sí, amigo.

Fab. Pues déxate de rodeos,
 que por acá va el camino.

Arist. Escucha pues. *Fab.* Ya me tienes
 de las orejas asido.

Arist. Prosiguiendo mi viage,
 después, Fabio, como has dicho,
 que saliste de mi lado,
 en ese Lugar vecino
 quise aguardar, que volvieses
 con las nuevas que has traído:
 y ayer, viendo que tardabas,
 me resolví inadvertido
 á entrar oculto en Vizancio:
 quién creyera, Fabio amigo,
 que en esta resolucion
 se escondiera mi peligro!
 Era la estacion del dia,
 en que al albor matutino
 el céfiro imaginado

cercaba de oro fingido,
 quando á perseguir las fieras,
 de venablos impedido,
 con la gente que me sigue
 me desvié del camino.
 Y en ese intrincado bosque,
 del Sol ignorado sitio,
 siguiendo un ligero corzo,
 á quien hirió vengativo
 mi brazo, como si en él
 fuera el descuido delito,
 me conduxeron sus huellas
 al seno mas escondido,
 donde una risueña fuente,
 hija natural de un risco,
 fecunda un ameno prado,
 dando perenne principio
 á tres ó quatro arroyuelos;
 que por desiguales giros,
 cruzando el rústico cuerpo,
 le son nervios cristalinos,
 por donde usurpan sus miembros
 alientos vejetativos.
 En medio pues de este hermeso
 imitado Paraíso,
 donde mas puro el Fabonio
 daba á entender al sentido,
 que discurría templado,
 no solo en soplar benigno,
 sino en hacer con las hojas
 armonía del ruido;
 descubrió mi incauta vista
 hácia el pabellon nativo
 de un árbol, un bulto hermoso,
 que me suspendió al principio.
 Curioso (ay Fabio!) me acerco,
 la vista al objeto aplico:
 dormido un Angel encuentro,
 sientto dócil el sentido,
 reparo en sus p'fecciones,
 cubre el pecho un yelo frior:
 doy otro paso hácia el riesgo,
 late el corazon remiso:
 vuelvo á ver, pierdo los ojos,
 temo el daño, amo el peligro:
 y en fin, si quieres saber
 disculpas de mi alvedrio,
 ántes que á culparle llegues,

escúchame, Fabio amigo,
 que de esta suerte la bella
 dormía en ocio tranquilo.
 Sia ley el hermosísimo cabello,
 diluvio de oro, que anegaba el cuello,
 á trechos á un liston-obedecia,
 y á trechos los preceptos le rompía,
 vagando tan conforme en cada parte,
 que del desórden aprendía el arte.
 De sus mexillas en el campo breve,
 la púrpura luchaba con la nieve;
 de su parte la púrpura tenia
 al cansancio, que al sueño la rendía;
 de parte de la nieve limitaba
 el sosiego que el sueño la inspiraba:
 y neutral la victoria, y los despojos
 de los blancos perfiles ó los rojos,
 con nuevos resplandores,
 en dulce paz se unian dos colores.
 Sus ojos aun durmiendo han intentado
 buscar á su descuido mi cuidado,
 que si el sueño en sus sombras lo sepulta,
 fué solo para herir con mano oculta:
 y así como el Aurora
 entre las dulces lágrimas que llora,
 me dan de luz algunos desperdicios,
 que si no son el Sol, son sus indicios.
 Las pestañas por bráxula avarienta,
 dexaban de la luz mas soñolienta
 un crepúsculo hermoso, que decía,
 no es este el dia, pero aquí está el dia.
 Sobre la blanca mano reclinaba
 la siniestra mexilla, en que libraba
 todo lo culto y todo lo luciente,
 midiendo ayrosamente
 con solo un codo, que afirmó en el suelo,
 el trecho que hay desde la tierra al Cielo.
 En la diestra, arrojada sin cuidado,
 sobre el ayroso bulto desarmado,
 un arco estaba de marfil bruñido,
 blanquísima lisonja del dormido,
 y en él la mano, ó no se distinguía,
 ó moldura del arco parecia.
 Yo en tanta perfeccion arrebatado,
 me vine á hallar tan torpe, de admirado,
 que pienso que á mi dueño
 le copié con lo inmovil todo el sueño;
 mas no fué todo, porque mi sentido
 no

no imitó la quietud , sino el olvido.

Este fué , Fabio , el veneno,
este el dulcísimo hechizo,
que inficionó las potencias
bebiéndole los sentidos:
apuréle en fin , y pienso,
que al salir del pecho mio,
el alma llevó tras sí
algunos tiernos suspiros.

A cuyo rumor la Ninfa,
sacudiendo el sueño frio,
abrió tras un esperezo,
que remató en un gemido,
los ojos , que sino hicieron
nuevo estrago en mi alvedrio,
acudieron á triunfar
de lo que hallaron rendido.
Llegué temeroso á hablarla,
y apenas herí su oido,
quando se cobró bizarra,
y con ademan esquivo,
engañando mi esperanza
ó temiendo mi cariño,
se arrojó entre la aspereza
del impenetrable sitio
tan veloz , que la carrera
me pareció precipicio;
y en vez de seguir porfiado
me detuve compasivo.
De este amor pues ocupado,
de esta pasión impedido,
el alma en este tormento,
y la causa en este abismo,
loco , despechado y ciego,
á costa del alma , afirmo,
que quien dice que el Amor
no puede desde el principio
llegar sin tiempo á lo sumo,
ó no quiere ó no ha querido,
que no es sugeto material,
que discurriendo remiso,
para llegar á lo ardiente
ha de pasar por lo tibio.

Fab. En fin , se te fué por pies ?

Arist. Burló el pensamiento mio.

Fab. El suceso ha sido extraño:
pero sabes lo que digo,
que para correr tan poco,

has quedado muy corrido:

y en efecto has de buscarla ?

Arist. Sí , Fabio , ó perder el juicio.

Fab. Pues enséñate á correr,
por si se te pone á tiro
otra vez , y para ello
anda unos dias conmigo,
que corro quando enamoro
tambien como quando riño.

Arist. No pienso decir quien soy
hasta hallarla. *Fab.* Y en qué sitio
la viste ? *Arist.* Junto á ese bosque,
que está á la Ciudad vecino.

Fab. Pues vámosla á buscar. *Arist.* Vamos.

Fab. Qué presto lo has entendido;
ven por aquí.

Dent. Felis. No es posible.

Arist. Cielos , qué es esto que he oido!

Dent. Iren. Aparta.

Dent. Felis. Porfias en vano.

Fab. En Palacio suena el ruido,
que á este campo caen sus rejas.

Felis. De esta suerte he de impedirlo.

Cae un retrato de arriba á los pies de Aristó.

Arist. Qué es lo que cayó á mis pies ?

Fab. Joya parece al principio;
pero tente , no la tomes,
que será algun basilisco,
porque esto parece encanto.

Arist. Válgame el Cielo , qué miro !

Fab. Qué , señor ? *Arist.* Liégate , Fabio,
que este sin duda es prodigio.

Fab. Es retrato ? *Arist.* Y de la Ninfa,
que dormida me ha rendido.

Fab. Raro caso ! *Arist.* Esta es la imágen
que en el alma deposito.

Fab. Veamos , señor : esta es ?
ten , que ya la he conocido.

Arist. Qué dices ? *Fab.* Que sé quien es.

Arist. Quién es , Fabio ? *Fab.* No has oido
decir aquel Semidios
de Trácia , que al dulce hechizo
de su voz calma los vientos,
suspende el curso á los rios,
sierras y árboles atrae ?

Arist. Dices Ofeó ? *Fab.* Ese mismo.

Arist. Por su fama le conozco.

Fab. Pues esa que te ha rendido,

es Erudice su esposa,
y son amantes tan finos
los dos, que es locura verlos,
y sino es locura es juicio.

Arist. Fabio, ya no está mi amor
para no vencer abismos
de estorbos; perdone Irene,
que Erudice me ha rendido.

Fab. Vamos pues hácia esa Quinta
donde viven. *Arist.* Ya te sigo.

Dent. Felis. Ha Caballero, aguardad.

Arist. Quién es, Fabio? *Fab.* Otro prodigio
tenemos: hácia acá viene
un hombre despavorido,
y si no me engaña, es
Felisardo el que te he dicho,
que sirve á Irene. *Arist.* Qué dices?

Fab. Digo, señor, que es el mismo.

Arist. Qué querrá? *Fab.* De lo futuro
no sé mas que un adivino.

Salen Felisardo y Aurelio.

Aurel. Aguarda, señor. *Felis.* Aparta.

Aurel. No me oirás lo que te digo?

Felis. Yo he de cobrar el retrato.

Aurel. No es de Erudice? *Felis.* El mismo.

Aurel. Y el que te hallaste en el campo
ayer tarde? *Felis.* Así lo afirmo.

Aurel. Quiéresla? *Felis.* Bien la quiero,
pero yo adoro rendido

á Irene. *Aurel.* Pues qué te importa
cobrarle ó no? *Felis.* Fué preciso

de ese balcon atrojarle,

por no añadir mas indicios

á las sospechas de Irene;

y si aquí no se le quito

á este hombre, puede ser

que ella le haya conocido,

y llegar puede á sus manos;

y que por este camino

confirmada, sus rezelos

justifiquen sus desvíos.

Caballero? *Arist.* Quién me llama?

Felis. Escuchadme. *Arist.* Qué quereis?

Felis. Yo os lo diré: que me deis

el retrato de una Dama,

que por un extraño caso

de esa ventana cayó,

desde donde le vi yo

en vuestra mano: si acaso
le llevais, ya veis que es justo
el volver á mi poder,
pues á vos no os puede ser
de importancia ni de gusto.

Fab. Aquí es ello, ya su acero *ap.*
está pendiente de un tris.

Felis. Caballero, qué decis?

Arist. Esto ha de ser Caballero,
que el retrato está en mi mano

sabeis, si me importa ó no,

no he de deciroslo yo:

que no le he de dar es llano,

obren pues nuestras pasiones,

y no gastemos los dos

mas razones, porque vos

me vencereis por razones.

Felis. Tan necia resolucion,
solo tiene esta respuesta.

Empuñan las espadas.

Arist. Y esa tiene sola esta.

Fab. Resolvióse la questão.

Aurel. Señores, la Infanta viene.

Felis. Qué dices? *Aurel.* Que por aquí

al Parque baxa. *Felis.* Ay de mí!

Caballero, pues Irene

llega á estorbar á los dos,

detras de esa Quinta irá

á esperar. *Arist.* Yo esperaré,

porque irá mas presto.

Felis. A Dios.

Salen Irene, Infanta de Tracia, Sirena,

Celia y acompañamiento.

Irene. Por mi decoro he sentido

de Felisardo la accion,

aun mas que por su aficion.

Siren. En este Parque florido

divertirás tu tristeza.

Fab. Qué te ha parecido Irene?

Arist. Ya, Fabio, mi amor no tiene

ojos para su belleza.

Vanse Aristéo y Fabio.

Siren. Aquí está. *Irene.* Sin duda alguna

por el retrato ha venido.

Felis. Quién en el mundo ha perdido

tan sin culpa su fortuna!

Irene. Qué turbado está! qué ciego!

Felis. Qué airada vuelve á mirarme!

Irene.

Irene. Vamos, Celia. *Felis.* A disculparme no he de acertar, mas yo llevo.

Señora, con tal rigor vuestros ojos me han mirado, que yo sin estar culpado, lo parezco en el temor; pero este afligirme al veros, y este turbarme al miraros, no es de culpa de negaros, de pena sí de perderos: y así, escuchad mi disculpa, y de esto que me enagena echad la culpa á la pena, y no la pena á la culpa.

Irene. Ven, Sirena: qué esto aguarde! anda, Celia. *Felis.* No me hablais?

Irene. Esto ha de ser. *Felis.* Me dexais?

Irene. Felisardo, Dios os guarde.

Felis. No os habeis de ir, vive Dios, sin oirme. *Irene.* Qué he de oir, sino os queda que decir, ni á mí que dudar? á Dios.

Felis. Pues cómo podeis saber, que no os queda que dudar, ni á mí que decir, sin dar mi razon? *Irene.* Queréislo ver? Conmigo estabais, sacasteis un lienzo, entre él se cayó un retrato, vile yo, ocultarle procurasteis: intenté verle en mi mano, respondiame muy terrible aquello de, no es posible, aparta, porfiás en vano. Echáisle en fin de un balcon, de vos me aparto enfadada, salis de allí, quedo airada recogiendo mi atencion. Venis muy fino á cobrarle, salgo al Parque por aquí, hallo, como presumí, que habeis venido á buscarle. Volveis á turbaros vos, y yo lo vuelvo á sentir: ved si os queda que decir, ni á mí que dudar: á Dios.

Felis. Bella *Irene*:- *Irene.* No me nombres.

Felis. Me olvidas? *Irene.* Te desengaña.

Felis. Sabes mi amor? *Irene.* Sé tu engaño.

Felis. Mira que es verdad.

Irene. Sois hombres.

Felis. Yo he de seguirte. *Irene.* Eso no.

Felis. Advierte:-

Irene. No hay que advertir.

Felis. Escucha:- *Irene.* No te he de oir.

Felis. No habrá piedad? *Irene.* No,

Felis. Pues yo,

para llegar á moverte, sabré morir porque amé.

Irene. Sabrás? *Felis.* Sí.

Irene. Pues yo sabré no reparar en tu muerte.

Felis. Y yo con verte ofendida sabré el alma reprimir, porque el placer de morir

no me vuelva á dar la vida. *Vane.*

Sale Orfeo dando una lira á su Criado Anfriso.

Orf. Ten, Anfriso, esa lira, que el pecho sin Erudice respira tan tardo ó tan violento, que ni aun para la voz hallo el aliento.

Anf. Oh qué bien has cantado! el viento se quedó tan elevado, que para ser tu oyente, por un rato perdió lo diligente; porque con blanda fuerza tu armonía le halagaba lo mismo que le heria; pero si he de decirte lo que siento, la letra me ha dexado descontento: y es cosa que me apura, que por veces, señor, que la dulzura de tu canto el oido me penetra siempre cojo á tu voz en mala letra.

Orf. La letra te dió enfado?

Anf. No era cosa.

Orf. Pues qué tenia, di?

Anf. Ser á tu esposa, á quien celebras siempre enamorado: que te precies, señor, de bien casado, con tu muger muy fino: háceslo adrede, ó eres acaso tú quien mas no puede? para mí es cosa buena, que á la mia la eché dentro de un mes á cada dia.

Orf. Necio, Erudice hermosa es la dulce prision donde reposa

el

el alma, sujetando el pecho mio
á esclavitud, con visos de alvedrio.
Hay en el mundo estado tan dichoso
como el de un casado, que gustoso,
sin manchar con el ocio su sosiego,
amor le usurpa lo mejor del fuego?

Anf. Y ese llamas estado venturoso?

Orf. Pues cuál, Anfriso, cuál es mas dichoso?

Anf. Muy buen estado es, mas no hay casado;
que no quiera caerse de su estado.

Orf. En tí, Anfriso, no extraño esas razones,
porque naciste sin obligaciones.

Anf. Tú no eres voto, estás enamorado.

Orf. Aun poseyendo es fino mi cuidado.

Anf. Y el retratillo (espera)

que ayer se te cayó de la cartera,
tendrá por fino á tu cuidado?

Orf. Calla,

que si llega á saberlo, ha de enojalla:
ayer, Anfriso, estando recostado
junto á ese rio, adorno de ese prado,
leyendo unos papeles,
de mi pasado amor testigos fieles,
se me cayó sin duda. *Anf.* Si lo sabe
mi señora, ocho días está grave.

Orf. Sabes á dónde ha ido, que el deseo
está impaciente ya? pero qué veo!
no es Erudice aquella?

Anf. Sí, y con ella
viene tambien, sino me engaño, aquella.

Orf. Anfriso, has reparado
en que viene el semblante demudado,
tristes los ojos, fijos en el suelo,
mirando alguna vez tímida al Cielo,
retorciendo las manos apretadas,
y todas las acciones barajadas?
sin aliento el mirarla me ha dexado:
qué será?

Anf. Mi muger viene á su lado,
y ella debe de ser causa de todo,
que cada dia se pone de ese modo.

Orf. Ya llega: esposa, cómo de esta suerte?
que tienes? dónde vas? aguarda, advierte.

*Salen Erudice asustada, mirando atras, y
Fenisa y Criadas.*

Erud. Orfeo, señor, esposo.

Orf. Dulce prenda, hermoso dueño.

Erud. Defiéndeme entre tus brazos.

Orf. De quién, señora? *Erud.* Del Cielo.

Orf. Pues qué ha sucedido?

Erud. Ay triste!

Orf. Sosiega un poco. *Erud.* No puedo.

Orf. Hay mas rara confusion!

Fenisa, dime, qué es esto?

Anf. Mi muger lo dirá, que ella
habla, que habla de misterio.

Fenis. Señor, todos ignoramos
el origen. *Erud.* Ay Orfeo!

la dicha se desvanece,
no era nuestra, era del viento;
que el bien falta como propio,
y se tiene como ageno.

Orf. Dímelo ya, que me estás
penetrando todo el pecho;
padezca yo lo que dices,
sin padecer lo que temes,
que siempre es mayor el daño,
si se mira desde el riesgo.

Erud. No sé si sabré decirlo,
pero ostame un poco atento,
que aun en todo lo que temes,
no cabe lo que padezco.

Entré, señor, entré, esposo,
en ese vecino Templo,
donde un oráculo fiel,
antigua imágen de Vénus,
desplega de lo futuro
los obscurísimos velos,
dexándole la fortuna

sin novedad los sucesos:
Y apenas entre el tumulto
devoto, mi infausto ruego
rompió con indigna voz
el soberano silencio,
preguntándole á la Diosa
si tendria el amor nuestro
la dicha que le promete
lo firme de nuestros pechos:
Quando (aquí falta la voz!
aquí se anuda el aliento!
aquí el sentido se pasma!
y aquí finalmente, muerto
el corazon, descomponen
el valor del sufrimiento:
todo lo atiende el discurso:
todo lo confunde el miedo.)

La

La estatua del mármol , parto
 que labró prodigio ingenio,
 venciendo el buril apénas
 lo rebelde con lo leuto,
 se olvidó de la dureza
 de su materia , y sus miembros
 á estremecerse empezaron
 con flexibles esperezos.
 Y luego torciendo el rostro,
 como quien oye con ceño,
 y quiere con el semblante
 limitar la fuerza al ruego,
 congojada al parecer,
 de ver allá en lo secreto
 de su idea mi desdicha,
 comenzó (prodigio nuevo !)
 por sus poros (raro asombro !)
 á sudar humor sangriento,
 que temiendo infaustamente
 de la Diosa el bulto terso,
 en lo rebelde del mármol
 dexó durable el agüero.
 Esto , señor , esto , esposo,
 no puede ser sin misterio:
 el dulce amor que enlazó
 nuestras almas , se va haciendo
 en nuestra dicha caduco,
 si en nuestra fineza eterno.
 Ah infelicidad humana,
 antiguo rencor del tiempo,
 pues le parece que basta
 para tu siglo un momento !
 Dichoso el que no te encuentra;
 tu fin solo es verdadero,
 desde el principio declinas,
 quién te ha sabido el aumento ?

Orf. Descansa , alienta , respira,
 que despues consulta énos
 al sabio Tebandro , en cuya
 ciencia hallarémos lo cierto
 de esas dudas ; y entre tanto,
 pues el apacible seno
 de este prado , á tus fatigas
 tiene prevenido el lecho,
 reclinémos un poco
 en él , que me tienen muerto
 el corazon tus ahogos,
 y necesito no ménos

que de tu alivio : cantad
 un rato miéntras consuelo
 en el pecho de mi esposa
 lo mismo que yo padezco.

Erud. Yo procuraré alentarme.

Anf. No quisiera yo ser ellos,
 el agüero ha sido extraño;
 si no es que sudase Vénus
 de ver allí á mí muger ?

Que es cosa de que yo suelo
 sudar muchísimas veces,
 y nunca acabo un agüero.

Fenis. Qué letra quieres ? *Erud.* Aquella
 de los perdidos contentos,
 que tal vez propios alivios
 nacen de males agenos.

*Reclínase Erudice en los brazos de Orfeo,
 y canta la Música.*

Música. Volad , dichas de Amor,
 al viento , al viento,
 pues del viento sois, (ro
 volad, volad, subid, que allá en el vien-
 quizá os encontrareis con mi deseo.
 Dónde estais , contentos vanos ?
 qué violencia os arrojó,
 que estais tan recién perdidos,
 tan léjos del corazon ?
 No hay en mí de lo que fuisteis
 mas señas , que este dolor,
 que es un eco vuestro , y eco
 que dura mas que la voz.
 Desde el dia que en el viento
 Amor os desvaneció,
 porque no os halle , me tasa
 la misma respiracion.
 Volad , dichas de Amor , &c.

Anf. Aguardad , no canteis mas,
 que con la Música pienso
 que se han quedado dormidos.

Fenis. Dormidos están , callemos,
 que para el que duerme , no hay
 Música como el silencio.

Anf. Así dixeras , muger,
 eso mismo quando duermo;
 mas tú eres tan habladora,
 que no callas ni por sueños.

Fenis. Déxese ahora de chanzas,
 y sepa que no tenemos

B

un

un real, y que los muchachos
están descalzos: yo tengo
necesidad de un vestido,
el mes nos pide el casero,
la lavandera ha pedido
quatro camisas y un lienzo:
la vecina nos prestó
catorce reales y medio
el otro día. *Anf.* Muger,
qué quieres que haga yo á eso?
no echas de ver, que me pides
mas de lo que merezco.

Fenis. Esto es fuerza. *Anf.* Esto flaqueza.

Fenis. Animarse. *Anf.* No hay dinero.

Fenis. Buscarlo. *Anf.* Hacia donde hay?

Fenis. Pues batir moneda. *Anf.* Es huevo
de freir? *Fenis.* Pues qué he de hacer?

Anf. Júpiter dirá. *Fenis.* No quiero
estar á merced de nadie:
gentil marido por cierto.

Anf. Señora, si soy tan malo
dexadme: esto es casamiento?

Fenis. Apartémonos de aquí,
porque no los dispertemos,
que hay mucho que reñir.

Anf. Vamos,
que esto tiene un buen remedio.

Fenis. Qué es? *Anf.* Enviudar.

Fenis. Mal rayo
en él. *Anf.* Un mal casamiento,
aunque tiene mal sabor,
tiene lindísimo dexo. *Vanse.*

Música. Infelices amantes,
que afectando el sosiego,
luchais desalentados
con una muerte, que parece sueño.
Yo soy vuestro destino,
que á revelaros vengo,
por decreto de Apolo, (to.
lo mismo que os induce otro decre-
Apolo tu grande padre
me envia, insigne Orfeo,
á que os ponga delante
el camino fatal por donde os llevo.
Atended, escuchad,
evital, si queréis evitar
las sendas del destino,
que contra mí tenéis el alvedrío.

Y en vuestra flaca
resistencia envueltos,
os parece que os mando
lo que os ruego.
Mirad esa cadena,
que en círculos eternos
eslabona las causas
al engarce fatal del escarmiento:
Que de ella está pendiente
aquel influxo adverso,
aunque arrastra el sentido,
romper se dexa del entendimiento.
Huid de vuestra estrella,
que ya os la represento
en forma de un cometa, (tos.
que amenaza una vida y dos alien-
Atended, escuchad, &c.

Entre sueños los dos.

Orf. Detente. *Erud.* Aguarda.

Orf. Qué intentas?

Erud. Dónde vas? *Orf.* Válgame el Cielo!

Erudice? *Erud.* Orfeo?

*Levántanse los dos asustados, mirando á
todas partes.*

Orf. Esposa?

Erud. Señor? *Orf.* Adorado dueño?
que te tengo entre mis brazos!

Erud. Qué entre mis brazos te tengo!

Orf. Qué miras? *Erud.* Qué te diviertes?

Orf. Muerto estoy.

Erud. No tengo aliento.

Orf. Por esforzarla me animo.

Erud. Por animarle me esfuerzo.

Orf. Dormias? *Erud.* Sí.

Orf. Pues parece

que me llamabas? *Erud.* Lo mismo

me pareció á mí. *Orf.* Es verdad,

afligióme un triste sueño.

Erud. Otro me dexó sin alma.

Orf. Pues qué soñabas?

Erud. Que huyendo

de un hombre:- quiero callar, *ap.*

que fué el que ayer lisonjero

me halló en el bosque dormida.

Orf. Te diviertes? *Erud.* No por cierto.

Digo que huyendo de un hombre,

que con veloz movimiento

me seguia, en lo mas fuerte

del

del curso (qué triste agüero!)
la muerte opuesta á mis pasos,
me entregó en sus brazos. *Orf.* Cielos!
mucho apretais mi discurso. *ap.*

Erud. Y tú qué soñaste, Orfeo?

Orf. Soñaba, esposa (ay de mí!)
que soñé casi lo mismo,
porque en los brazos de un hombre,
á quien parece que veo
ahora, aunque no le he visto,
estabas muerta. *Erud.* Mi miedo
aumentas con no decir
lo que soñabas. *Orf.* Dexa eso.

Erud. Haslo de decir. *Orf.* Qué importa

el decirlo ni el saberlo?
casi lo mismo que tú
soñé: mas qué fundamento
quieres que tenga un error
de nuestra idea? *Erud.* Ay Orfeo!
soñar los dos de una suerte,
quieres que parezca sueño?

Orf. Sí, mi bien, que como entrambos,

quando nos halló el sosiego,
sobre el oráculo triste
estabamos discurrendo,
y el que sueña las especies
que tuvo estando despierto
suele revocar, fué fácil,
si á discurrirlo volvemos,
que durmiéndonos los dos
con un mismo pensamiento,
en los dos por una senda
caminase al devaneo,
y formase de una imágen
dos simulacros el sueño.

Erud. Tambien pudo ser, esposo,
que como dos instrumentos
acórdemente templados,
suelen hacer un concierto,
aunque la atrevida mano
hiera solo el uno de ellos,
nuestras dos almas así
han templado el amor nuestro
de suerte, que en dulce union
las mueve solo un deseo,
aun quando estaban dormidas,
tan conformes estubieron,
que apenas hirió mi idea

la torpe mano del sueño
quando dentro de la tuya
se oyeron los mismos ecos:
de suerte, que si á las causas
naturales atendemos,
sentimos inútilmente
lo que hemos visto durmiendo;
pues se mueven nuestras almas
por unos mismos afectos,
y pudo ser armonía
lo que juzgamos agüero.

Orf. Luego el miedo ha sido inútil?

Erud. Confieso que ha sido miedo.

Orf. Al pecho me has vuelto el alma.

Erud. La vida me has vuelto al pecho.

Sale Aristéo con la espada desnuda.

Arist. Caballero, si hay piedad
en un noble:— mas qué veo! *ap.*

Orf. Qué he visto! *ap.*

Erud. Qué es lo que miro! *ap.*

Arist. Esta es la beldad, que el pecho
dormida me penetró. *ap.*

Orf. O me engaña lo que temo, *ap.*

ó tiene este hombre las señas
del mismo que vi durmiendo.

Erud. Este es el que me siguió *ap.*
en el bosque y en el sueño.

Arist. Yo estoy turbado, y los dos *ap.*
me están mirando suspensos;
mas la gente que me sigue
se acerca ya. Caballero,
si (como dicen las señas)
de esta Quinta sois el dueño,
dad licencia de que en ella
halle abrigo un forastero,
y estorbad ese tumulto,
pues podrá vuestro respeto;
que por haberse sabido,
que junto á esta Quinta espero
á un hombre muy conocido,
á fin de acabar un duelo,
contra mí se han convocado,
y no bastando el acero
de mi contrario á impedirlo,
está mi valor resuelto
á dexarse entre sus iras
hacer pedazos, primero
que faltar al desafío.

Orf. Advertid::- *Arist.* Ya es ese empeño no ménos vuestro, que mio, hacéd como Caballero. *Vase.*

Orf. Erudice? *Erud.* Esposo: muerta me ha dexado. *ap.*

Orf. A hablar no acierto. *ap.*
Con las criadas te aparta, entre tanto que yo llego á sosegar esa gente.

Erud. Con ellas, señor, me quedo. De ver este hombre tan cerca *ap.* temblando estoy: vuelve presto.

Orf. Temblando voy de dexarla *ap.* tan cerca de este hombre. Luego volveré, Erudice mia.

Erud. Con qué disgusto me quedo!

Orf. Con qué violencia me voy!

Dent. unos. Por aquí fué.

Otros. Al valle, al cerro.

Otros. No se ha de escapar.

Orf. Ya llegan, fuerza es ir á detenerlos: á Dios. *Erud.* A Dios.

Orf. Oyes? *Erud.* Di.

Orf. Mira que está el forastero en la Quinta. *Erud.* Pues qué quieres?

Orf. Que entre tanto que yo vuelvo, no entres en ella. *Erud.* Eso dices? de solo pensarlo tiemblo.

Orf. Pues por qué?

Erud. Porque no gustas.

Orf. Dios te guarde, hermoso dueño.

Erud. Mal he desmentido el susto.

Orf. Mucho he declarado el sueño.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Fabio y Fenisa como á obscuras, y Anfriso siguiéndolos.

Fab. Fenisa? *Fenis.* Fabio?

Anf. Qué es esto?

á estas horas mi muger? en gran confusión me ha puesto: ello ágil debió de ser, pero no parece honesto. Por esta noche ofreció su Quinta á aquel forastero,

que ayer en ella amparó mi amo, y el Caballero no supo decir de no.

Este tal tiene un criado::- pero, honor mio, callar, que aquí está el acero airado, y quizá habremos hallado aderezo de enviudar.

Fenis. Este sitio es excelente, porque retirado está del tráfigo de la gente.

Fab. Y tu Anfriso? *Fenis.* Queda allá durmiendo maritalmente, porque escuché una razon de su amo. Este á ofrecirme *ap.* llegó tanto de doblon; pero mal hago en ponerme á obscuras en la ocasion: una luz quiero sacar.

Oyes, aguarda. *Vase.*

Fab. Qué ha sido? mas debe de ir á acechar, que parece que anda ruido.

Anf. Mas cerca quiero llegar, tan largo el oido: ten, honor, que con este ensalmo sanarás, y visto bien, mas vale tener de un palmo la oreja, que no la sien.

Llega Fabio á Anfriso.

Fab. Oyes, Fenisa, el ruido se ha quietado, óyeme presto.

Anf. No es mal paso, ya me ha asido, *ap.* por Dios, que me huelgo de esto, para salir de marido.

Fab. Pensarás que te he llamado para hablarte de mi amor, pues no soy tan mal mirado, que piense que tu favor has de querer darle dado: tu rigor no se amohne, de que eres honrada, estoy al cabo. *Anf.* Que así lo aliñe! *ap.* honrada es, yo me voy tan marido como vine.

Fab. Digo pues, que mi señor, tan tirano á tu ama adora, que si apadrinas su ardor,

serás tú la pescadora
del río vuelto de amor.
Sepa su fineza rara
de tu boca, y tú primero
estos doblones apara. *Dale un bolsillo.*
Anf. Doblones? tomarlos quiero, *ap.*
que ella es tal que los tomara.
Fab. Y ahora, mi bien, humano
tu rigor (pues me venció
ese rostro soberano)
mi pasión admira. *Anf.* Y yo
con mi daguita en la mano.
Fab. Mi Fenisa:- *Anf.* Dónde va?
Fab. Bien, que adoro:- *Anf.* Llevará.
Fab. Prenda hermosa:-
Anf. Hermosa? niego.
Fab. Dulce dueño:- *Anf.* El está ciego:
trátela mas y verá.
Fab. Yo no quiero mas por hoy,
que una mano. *Anf.* El ha pedido
bien poco, yo se la doy.
Al darle la mano sale Fenisa con una luz.
Fenis. Fabio, esta luz he traído
para:- pero muerta soy! *ap.*
Fab. Por Dios, que la hicimos buena! *ap.*
Fenis. Terrible aprieto! *Anf.* De vellos *ap.*
tan turbados, me da pena:
yo bien riñera con ellos,
pero no vengo de vena.
Ea, Fenisa, á sermon
allá dentro; y él advierta,
que si mira su afición
á mi ventana ó mi puerta,
llevará una reprehension.
Fab. Anfriso:-
Anf. Aquí no hay que hablar.
Fenis. Esposo:- *Anf.* Esos ojos baxa:
yo no los quiero espantar, *ap.*
por si acaso se me cuaja
aquesto del enviudar.
Fab. Esos doblones he dado
por engaño; oye usted,
volvémelos ó habrá enfado.
Anf. No le hacen harta merced
en habérselos tomado?
Fab. Que era su muger juzgué.
Anf. Son mas que unos pobres reales?
Fab. Con que á ella se los dé

no habrá mas. *Anf.* Yo los pondré
con los bienes gananciales:
mas gente viene. *Fenis.* Qué dices?
Anf. Bien está la luz así. *Mata la luz.*
Fenis. Oyes? *Anf.* No te atemorices,
anda delante de mí,
me servirás de narices.
Vanse Anfriso y Fenisa, y sale Aristéo.
Arist. Fabio? *Fab.* Señor?
Arist. Un cuidado
muy grande me hace venir
á hablarte. *Fab.* Pues qué ha pasado?
Arist. Por dónde podré salir
de esta Quinta? *Fab.* Si cerrado
está todo, dónde vas?
Arist. Hablaste ya á la criada?
Fab. Buena tercera tendrás,
de todo queda encargada:
quiero callar lo demas. *ap.*
Arist. Sabes bien que no hallaré
salida? *Fab.* Pienso que no.
Arist. Pues yo he de salir. *Fab.* A qué?
no puedo saberlo yo?
Arist. Yo, Fabio, te lo diré.
Bien sabes, que tuve ayer
con Felisardo un pesar
sobre el retrato, y que luego
convocada la Ciudad
(por estar bien recibido
en ella) quiso estorbar
el duelo en defensa suya:
que yo me vine á amparar
á esta Quinta: que su dueño,
fuese por urbanidad
ó por cumplimiento, en ella
me hizo esta noche quedar:
que yo lo acepté, por ver
si en tanta dificultad
hallaba alguna esperanza
mi amor: que saliste á hablar
á la criada, y que yo
ciego, afligido y mortal,
quedé entregado al tumulto
de mi propia soledad.
Pues poco rato despues,
con ansia de respirar,
me asomé á una reja, á tiempo
que Felisardo, que está

en

en el campo:— mas qué aguardo ?
vea conmigo , veré si hay
ventana ó balcon por donde
me pueda al campo arrojar.

Fab. Si esto es proseguir el duelo,
no es mejor con amistad,
pues él viene á que le des,
decirle que no hay que dar ?

Arist. Déxate de eso , y busquemos
salida sin inquietar
la casa. *Fab.* Vén : pero aguarda,
que aquí parece que hay
un balcon : fuego de Dios,
y qué altísimo que está !
abaxo se está paseando.

Arist. Déxame , Fabio , llegar:
(por aquí baxaré : quiero *ap.*
á este necio deslumbrar,
porque no intente seguirme)
Bien dices , dificultad
tiene el baxar por aquí:
mira si puedes hallar
mejor salida , entre tanto,
que yo hago lo mismo. *Fab.* Ya *ap.*
le he entendido : esto es dexarme,
y si tarda un poco mas,
le dexara yo : él me engaña
como á un niño , alto á acostar.

*Vanse , y sale Felisardo con espada y
broquel.*

Felis. Dicha fué , que el forastero
que oculto en la Quinta está,
se asomase á aquella reja,
quando le llegué á avisar.
Luego que supe que aquí
se alvergó anoche , á acabar
el duelo me resolví
ántes del día , porque hay
muchos que impedirle quieran:
bien sé que alguno dirá
(viéndome tan desvelado)
que es necio empeño el cobrar
el retrato de una Dama
á quien ya no quiero , y mas
quando ella no me le dió,
y fué solo casual
el hallármele : mas esto
qué importa , si el empezar

el lance fué inexcusable
por otro motivo , y ya
con hablar en ello se hizo
empeño de calidad,
que no tiene otro remedio.

Sale Aristéo á un balcon.

Arist. No me han sentido al pasar:
bien se ha hecho. *Felis.* A este balcon
llega un hombre ; si será
el que aguardo ? Ha Caballero,
sois vos el que espero ? *Arist.* Allá
os diré quien soy. *Felis.* Saberlo
quise por daros lugar
de que baxeis : ya me aparto.

Arist. Nunca la seguridad,
entre hombres como nosotros
peligra : tened allá
esa espada , porque aquí
me estorba para baxar.

Arroja la espada.

Felis. Bizarro sois , vive Dios.

Arist. Vos como quien sois hablais.

Felis. Baxad pues.

Arist. Ya , Caballero, *Baxa.*
me teneis aquí. *Felis.* Tomad
la espada. *Dásela.*

Arist. Con ella sola
me hallareis. *Felis.* Yo estaba ya
reparándolo : un broquel
traía , pero aguardad
echaréle en ese rio. *Arrojale.*

Arist. Sois Caballero , y obrais
como debeis. *Felis.* De la Quinta
nos podemos apartar
si gustais. *Arist.* Vuestro es el campo:
yo soy llamado ; guiad,
y sea presto , porque el día
ha comenzado á rayar.

Felis. Traeis con vos el retrato ?

Arist. Para qué lo preguntais ?

Felis. Para cobrarle. *Arist.* Cobrarle ?

Felis. Vos lo vereis. *Arist.* Bien está.

*Vanse , y salen Irene , Sirena , Celia y
Damas de caza.*

Siren. Señora:— *Irene.* Yo me perdí.

Celia. Repara:— *Irene.* Sin juicio estoy !

Siren. Mira:— *Irene.* Sin aliento voy !

Celia. Advierte:— *Irene.* Dexadme aquí:

veis

veis que de la vista incierta
 una ceguedad triunfó,
 y queréis, necias, que yo
 mire, repare ni advierta?
Siren. Tú no estás en tí.
Irene. Es verdad.
Celia. Y el valor? *Irene.* Está oprimido.
Siren. Y el discurso? *Irene.* Está perdido.
Celia. Y la paciencia? *Irene.* Callad:
 veis que una ciega dolencia
 toda el alma obedeció,
 y queréis que tenga yo
 valor, discurso y paciencia?
Siren. Divertir tu desconsuelo
 quiero yo. *Irene.* No lo intentéis.
Siren. Por qué? *Irene.* Porque no podreis:
 que intempestivo el consuelo,
 adulando lo exterior
 con mentirosa inquietud,
 acuerda de la salud,
 y dexa con el dolor.
Siren. Dime, dónde vas, señora,
 que apénas el Sol dormido
 despertando ha producido
 de un esperezo la Aurora,
 quando el lecho desabrigas,
 y este bosque penetrando,
 á tí te vas fatigando,
 y á las fieras no fatigas?
 es por Felisardo ingrato?
 dame parte de tu pena:
 qué, te ha vencido? *Vanse las criadas.*
Irene. Ay Sirena!
 escúchame atenta un rato,
 ya que el silencio rompiste,
 que mi vergüenza añadió:
 sí, amiga, mi mal causó
 ese ingrato que dixiste,
 por él me dexa el pesar
 sin mas vida al parecer,
 que aquella que ha menester
 la pena para dudar.
Siren. Qué es posible que te dexes
 en las manos del dolor?
Irene. Sabes, Sirena, de amor?
Siren. Yo no. *Irene.* Pues no me aconsejes,
 que la amorosa dolencia,
 quando se llega á apretar,

nunca la sabe curar
 Médico sin experiencia.
Siren. No te miras ofendida?
Irene. Eso me trae despechada.
Siren. No te ves desengañada?
Irene. Eso me tiene sin vida.
Siren. Y un desengaño despecha?
Irene. Sí, porque miro en mi daño
 lo que duele el desengaño,
 pero no lo que aprovecha.
Siren. Pues qué te parece á tí
 que deseas? *Irene.* Solo ver
 aquel retrato, que ayer
 encendió este fuego en mí;
 porque quisiera apurar
 si es de Erudice, á quien quiso
 primero. *Siren.* Será preciso
 para saberlo, intentar
 que él te vea; pero aquel
 no es Felisardo? *Irene.* Ay de mí
 qué dices? *Siren.* Que viene allí
 ó yo me engaño, y con él
 aquel Caballero llega,
 con quien lo hallaste viniendo
 ayer al Parque. *Irene.* No entiendo
 lo que puede ser. *Siren.* Sosiega
 el pecho, que entre los ramos
 de esta espesura estaremos
 ocultas, y así podremos
 saber lo que deseamos.
Irene. Bien dices, la luz del día
 es poca, y favor nos da.
Siren. Aprieta, que llegan ya:
 alerta, esperanza mía.
Irene. Alerta, Sirena mía.
Retíranse, y salen Aristéo y Felisardo.
Arist. Muy léjos vais. *Felis.* Aguardad,
 que esto lo mas secreto es
 del bosque. *Arist.* Acabemos pues,
 sacad la espada. *Felis.* Esperad.
Arist. Pues qué queréis? *Felis.* Preguntaros
 (por si despues no hay lugar)
 dónde el retrato he de hallar
 si acaso acierto á mataros?
Arist. Habeis andado advertido;
 en mi pecho lo hallareis:
 pero porque no intentéis,
 si hallareis el vuestro herido,

de

decir que con vos lidié
con esta ventaja, ó ya
que porque en mi pecho está
la imágen que vuestra fué,
respuesta me pide en vano
contra mi vuestro valor,
atribuyendo al amor
defectos de vuestra mano;
de esta suerte he de igualar
nuestra razón: de estos ramos
pendiente esté. *Cuélgale de los ramos.*

Felis. Pues riñamos.

Arist. Desde aquí cesa el hablar. *Riñen.*

Irene. Hay mas extraño suceso!

Siren. Pues deseas el retrato,
démamele asir primero,
y luego sal á estorbarlo.

Irene. Bien dices. *Felis.* Tened un poco,
sangre os he visto en la mano.

Arist. Mucho reparais riñendo.

Felis. Es en vos en quien reparo;
ataos un lienzo, ó volvedme
el retrato, si dexarlo
quereis. *Arist.* Quando el corazon
tenga como está la mano.

Quita Sirena el retrato.

Pero-teneos, qué es esto?
quién el retrato ha tomado?

Felis. Qué decis? *Arist.* Aguardad.

Llegan los dos á quitar el retrato á Sirena.

Felis. Suelta.

Siren. Primero me hareis pedazos.

Sale Irene, y túrbanse los dos.

Irene. Qué es esto?

Felis. Terrible empeño!

Arist. Señora:- suceso extraño!

este retrato:- *Irene.* Está bien;
guárdale tú. *Siren.* Ya le guardo.

Irene. Yo, Caballero, me quedo
con él. *Arist.* Hay lance mas raro!

Felis. Yo, señora, no reñia:-

Irene. Ya lo he visto, Felisardo.

Felis. Por cobrarle. *Irene.* No os escucho.

Arist. Yo, con que esté en vuestra mano,
y no en la de mi enemigo,
me reporto. *Felis.* Y yo he quedado
bien, con que en vuestro poder
no le tengais. *Arist.* El dexarlo

fué por llegar:- *Irene.* Bien está.

Felis. Señora, aunque el enojaros
con tanta razon ha sido:-

Vuélvese Irene á hablar con Aristéo.

Irene. Caballero, no hacer caso
de él es lo mejor: quién sois?
pareceis de Reyno extraño
en traje y aspecto? *Arist.* Ayer
llegué, señora, á Vizancio.

Irene. De dónde sois? *Arist.* Del Arcadia.

Irene. Viene Aristéo? *Arist.* Tratando
quedaba de su viage.

Irene. Dias ha que es descado
en Tracia. *Felis.* Qué aquesto sufro!

Arist. Ese favor soberano
agradezco de su parte,
supuesto que el escucharos
de su parte, me parece
que á otro fin se encaminaron
esas piedades, que á ser
dichoso:- *Irene.* Pues qué ha juzgado
vuestra malicia? aguardad.

Arist. Que no es culpable el engaño
del cazador, que ambicioso
de lograr el golpe airado,
pone en un blanco la mira,
y la flecha en otro blanco. *Vase.*

Irene. Esperad. *Felis.* Qué, le detienes?
de enojo y de zelos rabio. *ap.*

Pues no son estas venganzas
las que dan á sus agravios
las mugeres como vos,
porque en el mas castigado,
lo que riñe como ofensas,
curan como desengaños.

Irene. Dame el retrato, Sirena,
y vos dexad, Felisardo,
que aprenda en él la respuesta,
que debo á vuestro cuidado.

Siren. Herido va el forastero,
que á mí me dexó la mano
sangrienta, quando intentó
quitar-me de ella el retrato.

Irene. Y aun el retrato lo está:
pero qué miro! ah villano!
es de Erudice y te quejis?

Siren. Ella es. *Irene.* Por modo extraño
hoy he apurado mis zelos.

Felis.

Felis. A quién sino á un desdichado esto hubiera sucedido!

Al paño Erudice y Fenisa.

Fenis. Con el día has madrugado, y llorando al bosque vienes, en vez de venir cantando? Quita de la vista el lienzo, y advierte, que descuidados tus ojos con el cambray, la caza van olvidando.

Erud. No vengo, no, á divertirme; detras de aquellos peñascos yace la profunda gruta que habita el sabio Tebandro, y tratar con él deseo estos violentos presagios, que:- mas no es la Infanta aquella?

Irene. Sí es de Erudice el retrato.

Erud. En mí han hablado, escuchemos.

Irene. Si te hallé ahora empuñado en cobrarle. *Erud.* No lo entiendo; retrato mio en las manos de la Infanta? *Irene.* Si á mis ojos tan rendido, tan bizarro has sabido equivocar esos afectos contrarios, y con la espada desnuda parecer enamorado, qué puedes decir? *Felis.* Señora:-

Irene. No prosigas, que no es tanto mi sufrimiento, que aguarde en tu disculpa otro agravio: toma el retrato, que fuiste (muerta estoy!) de mi cuidado (pero qué digo!) mi amante fuiste (ya lo dixé) y quando fué tan notable tu osadía, no quiero que tu contrario diga, que queda mejor que tú: no le tomas? rabio de enojo. *Felis.* Si no me escuchas.

Irene. Ya es otro tiempo: el retrato toma. *Felis.* No le he menester, ni le quiero. *Irene.* Yo lo mando, que no ha de quedar tambien en esto por tuyo el campo.

Felis. Yo te obedezco en tomarle, y cumplo con mi cuidado

de esta suerte.

Toma el retrato y le arroja.

Irene. Qué, le arrojas? pero ya le has arrojado otra vez, y te costó el cobrarle muchos pasos, y una pendencia: esto es ya vileza: ea, Sirena, vamos.

Felis. No quieres oirme? *Irene.* No: ya, traidor, ya se acabaron mis atenciones. *Felis.* Qué dices?

Irene. Que ya te aborrezco. *Felis.* Raro teson es el de mi vida, pues no muerdo al escucharlo!

Irene. Tú morir? vámonos presto, que me voy de mí olvidando, y puede mas la pasión, que el semblante ni los labios.

Felis. A quién sino á mí pudieran suceder pesares tantos!

Irene. Quién sino yo tropezara en tan viles desengaños!

muerta voy! *Felis.* Sin vida quedo! *Irene.* Ay Amor, y qué pesados son tus golpes! *Felis.* Ay fortuna, qué violentos son tus casos! *Vanse.*

Salen Erudice y Fenisa.

Erud. Qué es esto, Fenisa? *Fenis.* Yo sin sentido me he quedado.

Erud. Este retrato, Fenisa, es el que yo le habia dado á Orfeo. *Fenis.* Pues qué discurre? pero él viene, y apurarlo podrás, con decirle ahora que te le vuelva. *Sale Orfeo.*

Orf. Buscando

á mi esposa:- pero aquí está:

Erudice mia? *Fenis.* Bravo *ap.* lancecillo ha de ser este de zelos y de arrumacos.

Orf. Mi bien, qué semblante es este? qué tienes? qué te ha pasado? parece que están tus ojos entre dos afectos varios, ni bien á matar resueltos, ni á llorar determinados, como que enciende la ira lo mismo que apaga el llanto:

C

sin

sin responderme te vas?
 aguarda. *Erud.* Harásme pedazos
 primero que detenerme.

Orf. Qué es esto, dueño adorado?

Erud. Quiéreslo saber? pues dime,
 dónde tienes mi retrato?

Orf. Señora:-

Erud. Ah traidor! te turbas?
 otra seña de culpado.

Orf. Ayer (que supiese ya *ap.*

que le perdí!) repasando
 unos papeles:- *Erud.* Detente,
 no trates de disculparlo:
 levántale de la tierra,
 donde le arrojó la mano
 que quizá obligar quisiste;
 y permíteme, que el llanto
 de mis ojos te responda
 por él, en ahogo tanto,
 que me copió la desdicha
 también su artífice, hallando
 que no tuviera mis señas,
 sino fuera desdichado. *Vase.*

Orf. Detente, aguarda, señora.

Fenis. Qué fruncido se ha quedado!
 en fin, marido: ah mongiles,
 con qué devocion os llamo! *Vase.*

Orf. Qué esto me haya sucedido!
 cobrar quiero mi retrato
 y seguirla: mas qué miro!
 válganme los Dioses santos!
 qué portento tan terrible!
 qué espectáculo tan raro!
 todo está (no tengo vida)
 en roja sangre bañado:
 que teniendo el rostro bello
 (la voz me faltó del labio)
 delicias del Sol publica
 entre arreboles infaustos.

Limpia el retrato con un lienzo.

Sedienta esponja este lienzo
 apure: pero qué hago?
 con la mal enjuta sangre
 parece que se ha borrado
 la pintura: aun este alivio
 me limitais, Cielos santos?
 Libre de desvanecerse,
 no estuviera con ser vano.

Mi dulce prenda, sin duda
 está cercana del plazo
 fatal: aguarda, detente
 violenta alevosa mano.
 Háganse lugar siquiera
 por ser últimos presagios,
 estos pocos de suspiros
 entre el golpe y el amago.
 Pero cómo me detengo,
 y no voy ciego buscando
 mi bien? *Erudice* hermosa.

Salé Anf. Llamas, señor? *Orf.* Has hallado
 á *Erudice*? *Anf.* No la he visto.

Orf. Pues vamos tras ella, vamos
 aprisa. *Anf.* Aquí viene aquella
 muger de todos los diablos
 y mia. *Salé Fenis.*

Orf. *Fenis* a amiga,
 dónde á *Erudice* has dexado?

Fenis. Por lo intrincado del bosque
 se entró, señor, suspirando,
 tan triste y tan afligida,
 que para imitar su llanto,
 á puras aguas se hicieron
 chamelotes los peñascos.

Orf. Pues por qué no la seguiste?

Fenis. Porque volvió con enfado
 á mí, y me mandó quedar.

Orf. Ay infeliz, qué contrarios
 efectos me representa
 la imaginacion! qué aguardo,
 que no voy á consolarla,
 ó á ver si en tantos presagios
 es dado al entendimiento
 quitar la fuerza á los Astros! *Vase.*

Anf. Oyes, si quieres hallarla,
 ve poco á poco buscando
 las huellas de mi muger,
 que del menor puntillazo
 parece que va meriendo
 todo el bosque en un zapato.

Fenis. Hermano, déxese de eso,
 que ha mil siglos que no hablamos
 en cosas, y óygame un poco.

Anf. Hermano? qué caserazo
 requiebro! pero también
 se lo llaman los cuñados,
 y se aman como nosotros:

diga,

diga, hermana. *Fénis.* Lleve el diablo:-
Anf. A tí, que no sé á quien dices.
Fénis. La cosa de que hay cuidado
 en casa. *Anf.* Que haya en el mundo
 quien tenga casa? ah Ermitaños!
Fénis. Venga acá por vida suyas;
 si sabe que no hay un cuarto,
 cómo se fué esta mañana
 sin dexar para recado?
Anf. Recado yo? que le pidan
 esto á un marido? casaos.
Fénis. Una holla, acaso una holla,
 se ha de poner de milagro?
 no ha de llevar su carnero,
 su tocino, sus garvanzos,
 su pimienta, su azafran,
 su baca, su punta de ajo,
 su peregil, su cebolla
 y su repollo? *Anf.* Casaos.
Fénis. El guisado de la noche
 no ha de ser un estofado
 por lo ménos? quién le quita
 dos maravedís de clavos,
 tres de canela y de vino,
 y de aquí y de allá dos quartos?
Anf. De qué?
Fénis. De aquesto y de aquello.
Anf. Digo que está muy bien, casaos.
Fénis. Ha sí, señor: Anfrisillo
 cayó, y se ha descalabrado,
 y es menester que se llame
 al Médico, al Cirujano,
 y traer de la botica
 media docena de emplastros:
 la sarten de hacer los huevos
 se sale toda; el muchacho
 quebró el jarrillo de picos;
 el pernil se comió el gato;
 la sogá hurtaron del pozo.
Anf. La sogá del pozo hurtaron?
 pesar de quien me parió,
 de nada me pesa tanto:
 la sogá? *Fénis.* Si señor mio,
 la sogá. *Anf.* Y no habrá quedado
 otra sogá vieja en casa?
Fénis. Ni una hilacha ni un esparto.
Anf. Miradlo bien. *Fénis.* Bien lo he visto.
Anf. No habrá siquiera un pedazo?

Fénis. Para qué? *Anf.* Para ahorcarme.
Fénis. Tened, tened, que ahora caygo
 en que un pedazo ha de haber,
 que estaba para estropajos,
 y no mudará de oficio
 si en vos se viere empleado.
Anf. Alto pues, yo me he de ahorcar
 por salir de mal estado:
 vamos, muger. *Fénis.* En mi vida
 os vi andar con tanto espacio.
Anf. Vamos pues: pero, muger,
 sabeis en lo que he pensado?
Fénis. En qué, marido? *Anf.* En ahorcarme
 todo entero. *Fénis.* A eso tiramos.
Anf. Sí, mas dónde fuere el todo,
 no ha de ir la mitad? *Fénis.* Es llano.
Anf. Pues si vos sois mi mitad,
 yo me resuelvo á empezarlo
 por vos, y conforme os fuere
 proseguiré mi trabajo.
Fénis. Malos años para vos.
Anf. Maridos desconsolados,
 el camino que elegisteis
 angosto es, pero es largo.
*Vanse uno por una puerta y otro por otra,
 y dicen dentro Erudice y Aristéo.*
Erud. Favor, Dioses. *Arist.* Espera,
 suspende un poco la veloz carrera.
Erud. El viento sigues.
Arist. Y tan mal te obligo,
 que atras le dexas, pero yo te sigo.
Erud. No te he de oír.
Arist. A tu piedad apelo.
Erud. No es posible: caí, válgame el Cielo!
*Sale Erudice cayendo, y Aristéo la detiene,
 sin dexarla levantar.*
Arist. Infeliz soy: detente, dueño hermoso.
Erud. Aparta.
Arist. No te has de ir: ya fuí dichoso
 en que tu pie divino
 cediese á los estorbos del destino.
Erud. Ay infelice suerte!
Arist. No suspires.
Erud. Monstruo feroz, qué quieres?
Arist. Que respíres,
 que aun el vital aliento
 de atropellado te lo niega el viento.
Erud. Déxame levantar.

Arist. Aguardo un poco.

Erud. Un imposible intentas.

Arist. Ya estoy loco.

Erud. En sí está mi valor.

Arist. Estás rendida.

Erud. La muerte me darás.

Arist. Tuya es mi vida.

Erud. Pues qué quieres de mí ?

Arist. Yo solo hablarte.

Erud. Yo te doy la palabra de escucharte.

Arist. Eso mi amor pretende.

Erud. Di pues. *Arist.* Levanta pues.

Erud. Prosigue. *Arist.* Atiende,
que mas segura estás quando te veo,
porque el respeto templará el deseo.

Hermoso dueño adorado,

cuya belleza enemiga

causa el cuidado, y castiga

como delito el cuidado:

Mira que el fuego sagrado

que en tus ojos se introduce,

contra sus cenizas luce,

y fuera de orden parece

una causa que aborrece

los efectos que produce.

Accion de tu imperio ha sido

este rendirme á adorarte,

yo no he puesto de mi parte

mas que no haber resistido.

Oh enojo mal entendido

de esa irritada clemencia !

arrástrame la violencia

de tu rara perfeccion,

y culpas como eleccion

aquello que es obediencia ?

Erud. Caballero, vuestro amor

dónde camina tan ciego ?

con qué materia ese fuego

ocasiona ese fervor ?

A qué aspira vuestro ardor

en tan dudosos empleos ?

A qué vuestros devaneos

en afectos tan falibles ?

aun no están los imposibles

seguros de los deseos ?

Si á precipitarse va

vuestra sed descomedida,

podrá triunfar de la vida,

mas no del pecho en que está.

Arist. Mi amor te convencerá.

Erud. Sus afectos van perdidos.

Arist. Ciegos están mis sentidos.

Erud. Mis temores alentados.

Arist. La ceguedad hace osados.

Erud. El temor hace atrevidos.

Arist. Ya se empeñó mi desvelo.

Erud. Tambien se empeñó mi honor.

Arist. Violencias tiene el amor.

Erud. Mas violencias tiene el Cielo.

Arist. Soy de fuego. *Erud.* Soy de yelo.

Arist. Sola estás. *Erud.* Sabré vencerte.

Arist. Porfiaré. *Erud.* Darásme muerte.

Arist. Cómo lo has de resistir ?

Erud. Cómo lo has de conseguir ?

Arist. De esta suerte. *Erud.* De esta suerte.

Al ir Aristéo á asirla, buye, y entra tras ella, que vuelve á salir por otra parte.

Erud. Y tú, que el viento veloz
vas siguiendo::- mas qué es esto ?
ay infeliz ! muerta soy !

un áspid, que entre la yerva::-

Dent. Arist. Pues mi vista te perdió::-

Erud. Pisó el descuidado pie::-

Dent. Arist. Piérdate tambien mi voz.

Erud. Me ha mordido ; y el veneno

va subiendo (qué dolor !)

por las venas (esto es rabia !)

á buscar el corazon.

Sale Aristéo, y al ir á asirla, cae Erudice en sus brazos.

Arist. Ahora no has de escaparte;
pero qué dichoso soy !

á mis brazos te permites,

sin duda te enterneció

mi ruego: pero qué veo !

qué descomedido horror,

entre obscuras palideces

esconde su perfeccion !

sus encendidas mexillas

apaga un frio sudor,

y parece que la ahoga

su propia respiracion:

señora, mi bien, qué es esto ?

Erud. Orfeo, esposo, señor,

un áspid me ha muerto, el alma

se

se me arranca. *Arist.* Hay turbacion como esta!

Erud. Que no me atiendas,

Orfeo! *Sale Orfeo.*

Orf. Qué triste voz
me penetra los oidos?
de mi esposa pareció:
pero qué es esto que veo!
estátua de yelo soy;
entre los brazos de un hombre,
y el mismo que me fingió,
me llama! sin vida estoy.
Qué es esto, ingrata?

Erud. Ay esposo!
presto los brazos, y á Dios.

Dixase caer en los brazos de Orfeo desde los de Aristéo, al ir á empuñar la espada Orfeo.

Orf. Aparta, daré la muerte á quien los suyos te dió.

Erud. Déxame morir en ellos.

Arist. Quién en tal lance se vió!

Erud. Ya llegó (ay de mí!) ya Orfeo:-

Orf. Qué dices? *Erud.* Que ya llegó
aquel riguroso plazo,
que remiamos los dos:
á Dios, esposo, que el alma
desampara el corazón,

Orf. Qué es esto, indignados Cielos!
mas qué funesto color
es este? su propio peso
la rinde: extraña afliccion!
Esposa: con el semblante
procura suplir la voz.

Caballero, (el juicio pierdo!)
decidme (sin vida estoy!)
qué es esto?

Arist. Orfeo, aquel áspid,
que entre la yerva quedó,
ni bien muerto ni bien vivo,
de la violenta opresion
de una huella se ha vengado,
vomitando el torpe humor
en el pie de vuestra esposa,
á tiempo que llegué yo,
y entre mis brazos, movido
de tan justa compasion,
alentarla procuraba:

ya tiene apoyo mejor,
quedad con Dios, que me falta
aliento en el corazón
para ver á un mismo tiempo
su muerte y vuestro dolor. *Vise.*

Orf. Hermoso asombro, cuya luz se ignora
al mismo tiempo que se apercibía,
crepúsculo violento, que en el día
quieres unir la noche y el Aurora:
Caduco resplandor, que se desdora
entre el horror de la tiniebla fria,
con la presteza que la fantasía
suele desperdiciar lo que atesora:
Si el basto soplo del comun sosiego
(que una llama en los dos atemoriza)
todo lo iguala con impulso ciego;
por qué razon la luz te tiraniza,
y siendo mia la mitad del fuego,
á tí te dexa toda la ceniza?

Déxala reclinada sobre la yerba.

Mas ay! que ya de su pecho
el tardo aliento faltó,
y el disforme peso acude
á su centro sin accion!
qué aguardo, que los remedios
no busco? mas ay dolor,
que ya su espíritu ocupa
lo vago de otra region!
loco estoy? sí: no estoy loco:
no estoy loco? loco estoy.

*Salen por distintas partes Irene y Damas,
Felisardo, Anfriso, Fenisa
y Criados.*

Irene. Qué desordenadas voces!

Felis. Qué descompuesto rumor!

Anf. Qué bien repetidas quejas!

Felis. Qué bien llorada afliccion!

Irene. Pero qué es aquesto, Orfeo?

Felis. Amigo? *Anf.* Señor?

Fenis. Señor?

Orf. Felisardo, Irene, Anfriso,
Fenisa, amigos, mi amor
ha sido el mas desdichado,
que la antigüedad notó.
Ese espectáculo triste
os dirá lo que mi voz
no acertare á ponderar:
aquel áspid inflamó

el blanco pie de mi esposa,
y me ha muerto el corazon:
loco estoy ? sí : no estoy loco:
no estoy loco ? loco estoy.

Irene. Qué asombro tan desdichado !

Felis. Qué suceso tan atroz !

Anf. Aspid de todos los diablos,
pues era un poco mayor
la pata de mi muger,
no la hallara tu punzon,
y hubiera donde esparcirse,
si traía mal humor ?

Irene. El verle me ha enternecido.

Felis. El verla me enterneció.

Irene. Llevadle de aquí vosotros,
y vosotras al Panteon
de Diana conducid
ese miserable horror.

Orf. Aguardad , no me aparteis
de mi bien. *Felis.* Qué compasion !

Orf. Dónde me llevais mi esposa ?

Felis. Vamos , Orfeo. *Orf.* Eso no,
dexadme morir con ella.

Irene. No le dexéis. *Orf.* Qué rigor !
que de esta violencia no muera !

Erudice mia , á Dios,
que yo te ofrezco baxar
y enternecer con mi voz
á los Dioses del Infierno.

Anf. Y no serás tú , señor,
el primero que al Infierno
por su muger caminó.

Llévanse por una puerta las mugeres á Erudice , y por la otra los hombres á Orfeo.

Irene. Muerta voy !

Felis. Sin alma quedo !

Irene. Qué triste satisfaccion
de mis zelos ! *Vase.*

Felis. Qué violenta
seguridad de mi amor ! *Vase.*

Anf. Oyes , Fenisa ?

Fenis. Qué quieres ?

Anf. Mira el áspid que picó
á tu ama. *Fenis.* Ya le miro.

Anf. Pues , muger , ojo avizor,
que ahí paran las que dan
coces contra el aguijon.

JORNADA TERCERA.

Sale Aristéo mirando á todas partes , Fabio y dos Criados.

Fab. Qué será esto ? *Criad. 1.* Intratable
viene. *Criad. 2.* Qué rara inquietud ?

Fab. Que no nos mire ni hable ?

Criad. 1. Extraña solicitud !

Criad. 2. Desasosiego notable !

Fab. A dónde nos vas llevando,
señor , que tan triste y serio,
á todas partes mirando,
vas callando de misterio,
como si fueras hablando ?

Habla una hora cabal,
que el arenoso Orizonte

de aqueste rio caudal,
que menino de cristal

lleva la falda á ese monte,

melancólicos medimos,

sin saber lo que intentamos,
ni por donde discurrimos:

qué es esto , Aristéo ? vamos

por esta senda ó venimos ?

vuelve ya , señor , en tí,

que me confundo y ofusco

de andar de aquí para allí.

Arist. Aguárdate , que ya vi
las señas de lo que busco.

Fab. Y he de entender donde vas

por señas ? yo no te sigo,

si mas señas no me das.

Arist. Quédate , Fabio , conmigo,
y váyanse los demas.

Fab. Esto es peor : solo yo ?

Criad. 1. Dónde quieres que aguardemos ?

Arist. Donde ayer Fabio os dexó.

Criad. 1. Cuidadosos estaremos. *Vanse.*

Fab. Qué es esto ?

Arist. Estás solo ? *Fab.* No,

que conmigo está , señor,

el miedo. *Arist.* Conmigo vas:

ahora tienes temor ?

Fab. En mí siempre ha sido mas

la estimacion , que el valor.

Solos habemos quedado;

si á matarme es tu venida,
no me mates de contado,
dexa, señor, que mi vida
siga, que no está en estado.

Arist. Ves aquella tosca gruta,
que allí á la vista se ofrece
tan lóbrega, que parece
que el beleño y la cicuta
que la cerca la adornece?
pues un sabio el cerco obscuro
habita, que entre eficaces
diligencias del conjuro,
al ingenio hace capaces
los ojos de lo futuro.

Fab. Pues qué intentas?

Arist. Entrar dentro.

Fab. Entrar? á qué?

Arist. A ver si encuentro
alivio para un cuidado.

Fab. En efecto eres pesado,
y así apeteces el centro.

Arist. Amor con violencia nueva
desde que Erudice está
en otro siglo, renueva
mis llamas. *Fab.* Y ven acá,
vas á enfriarte á la cueva?

Arist. Ya, Fabio, sabes, que Orfeo
en la dulzura fiado
de su voz, ó en el deseo
de sus ojos, ha intentado
pasar por ella al Letéo.

Fab. Ya sé, que desde la cumbre
del Ténaro, su armonía
va tras una incertidumbre,
y hace muy gran bobería,
que al Infierno, ni aun por lumbre.

Arist. Pues yo quiero preguntar
á Tebandro, si al encanto
del concepto singular,
se dexaban revocar
las leyes de Radamano:
que estoy tal, que he menester
esta esperanza de ver
á mi Erudice querida,
para no perder la vida:
y así he venido á saber
si sus ojos gozarán
otra vez la luz del Sol.

Fab. No, que allá no entenderán
el canto, porque no están
con ese remifasol.

Arist. Ya á la boca hemos llegado
de la cueva. *Fab.* De hambre ó sueño
parece que ha bostezado
la tierra, y eres pequeño
confite para un bocado.

Arist. Entra pues. *Fab.* Esa sería
una y buena: profecía
y en cueva, y entrar en ella?
Yo, señor, no tengo estrella,
soy horror de Astrología:
yo habia de tener gana
de inquirir muy zahorí
cosas de la otra semana?
Pues mañana no está ahí,
para saber que hay mañana?

Arist. Quédate pues. *Vase por la gruta.*

Fab. Oyes, di
al Sabio busca futuro,
que tenga piedad de mí,
y los labios del conjuro
no los eche por aquí.
Ya se ha entrado, y yo me quedo,
bien será que aquí me siente
á estar medroso si puedo:
que sea yo tan valiente,
que me esté metiendo miedo?
dormir quiero, aunque se sueña
durmiendo: esta peña fuerte
me recibirá halagueña:
no hay cosa que mas dispierte,
que dormir sobre una peña.

*Echase Fabio á dormir á la boca de la
gruta, y salen por lo alto del teatro Ire-
ne y Sirena por un lado, y Felisardo
y Aurelio por el otro, y baxan al
tablado todos.*

Irene. Aguarden con la carroza
las ciudades en la selva.

Felis. Quédesse la gente, y solo
Aurelio conmigo venga.

Siren. No sabré yo dónde vamos
por estas asperas peñas?

Irene. Entre esta verde espesura,
que el Sol no permite ayénas:-

Felis. Entre las confusas ramas

de

de esta intrincada maleza::-

Irene. Yace la gruta sagrada::-

Felis. Se esconde la obscura cueva::-

Irene. En cuyo bárbaro seno::-

Felis. En cuya oculta caverna::-

Irene. Tiene un sabio::-

Felis. Halla Tebandro::-

Irene. Tosco albergue.

Felis. Choza estrecha.

Siren. Pues qué pretendes ?

Irene. Pretendo
comunicarle una pena.

Aurel. Pues qué quieres ?

Felis. Quiero , Aurelio,
referirle una sospecha.

Siren. No la podré yo saber
mientras vencemos la sierra ?

Aurel. No me la dirás en tanto
que esta espesura penetras ?

Irene. Hanme dicho hoy en Palacio,
que Aristéo , es cosa cierta,
que está en Vizancio encubierto.

Felis. Tengo indicios de que intenta
Aristéo ocultamente
servir á mi Irene bella.

Irene. Y como es todo venganzas
quanto discurre la ofensa::-

Felis. Y como en un desdichado
es el indicio evidencia::-

Irene. Con ansia de castigar
en Felisardo mi queja::-

Felis. Temeroso de que llegue
á deslucir mis finezas::-

Irene. Quiero que el sabio Tebandro
por sus estudios advierta::-

Felis. Quiero que este anciano docto
en sus caractéres lea::-

Irene. Qué origen tiene este aviso.

Felis. Qué verdad tiene esta nueva.

Irene. Hácia aquí ha de estar la gruta.

Felis. La gruta en que vive es esta.
Al entrar en la gruta vense.

Irene. Pero quién es ? Felisardo ?

Felis. Mas quién es ? Irene bella ?

Irene. Pues qué ocasion::-

Felis. Pues qué causa::-

Irene. Te ha conducido::- *Felis.* Te lleva::-

Irene. Por este negado sitio ?

Felis. Por esta inculca aspereza ?

Irene. Sangre vierten mis heridas;
mas yo me voy : ven , Sirena.

Felis. Señora , ya que he debido
acaso tal dicha , sepa
tu rigor::- *Irene.* Qué he de saber ?
aquel retrato no era
de Erudice ? *Felis.* No lo niego;
pero en la menuda arena
de ese rio me le hallé.

Irene. Qué frivola y qué violenta
satisfaccion ! *Felis.* Si no quiere
creerme vuestra entereza,
satisfágaos el ver ya
á vuestra enemiga muerta;
y pues la causa faltó,
faltan los efectos de ella.

Irene. De suerte , que sois tan necio,
qué quereis que os agradezca
el que olvidéis vuestra Dama,
quando la muerte os la lleva:
no veis , que aquello no fué
dexarla , sino perderla ?
Y que quando vuestro amor
á adorarme se resuelva,
será fuerza que yo diga,
esta hazaña , esta fineza
no nació de la eleccion,
sino de la contingencia.

Felis. Decidme , Irene , decidme,
que os cansa ya mi fineza
porque Aristéo ha venido,
y no os valgais de la queja
para honestar la mudanza.

Irene. Pues qué (sin duda fué cierta
la relacion que me hicieron)
sabeis acaso que venga
Aristéo , ó que en Vizancio
esté ya ? *Felis.* Si lo supiera
(perdonad que así os lo diga)
ni es mi locura tan cuerda,
ni mi enojo tan templado,
ni tan capaz mi paciencia,
que ya::- no sé lo que digo:
viven los Cielos , que hiciera
que en toda Tracia::- *Irene.* Mirad,
que está durmiendo aquí cerca
un hombre á quien no conozco,

y no es bien, que si despierta,
me vea á mí tan sufrida,
ni á vos tan grosero os vea.

Felis. Qué sé yo: no estoy en mí:
Aurelio, este es hombre y sueña.

Llega Aurelio, y despierta á Fabio.

Aurel. Ha gentil-hombre?

Fab. Señores *Entre sueños.*
demonios, no se detengan,
vayan su camino, anden,
corran y vuelen apriesa,
que yo no quiero ir allá.

Aurel. Qué dormido está la bestia.

Fab. Por allí se va el conjuro.

Aurel. Llevarle en brazos es fuerza:
tan pesado el cuerpo tiene
como el sueño.

*Al tomarle en brazos Aurelio, despierta,
y dice á la boca de la cueva.*

Fab. Que me llevan
los demonios, Aristéo:
señor, Aristéo. *Felis.* Espera,
á quién llamabas? qué es esto?
acaba. *Fab.* Yo la hice buena! *ap.*
á mi amo he descubierto,
y es la Infanta: él me degülla.

Irene. Dónde está Aristéo? *Felis.* Dónde
está el que nombró tu lengua?

Fab. Señores, yo no conozco
tal hombre. *Felis.* Pues cómo llegas
hácia esa cueva á llamarle?

Fab. Soñaba, y de mi cabeza
lo levanté. *Sale Aristéo.*

Arist. Quién me llama?

Irene. Es ilusion de la idea, *ap.*
ó es verdad esto que miro!
no es este el de la pendencia
de aquel retrato! *Felis.* Aristéo
es este! ó mis ojos sueñan, *ap.*
ó es el que riñó conmigo.

Fab. El diablo, señor, lo enreda;
ya saben quien eres. *Arist.* Ya
poco importa que lo sepan;
disimula y ven conmigo,
que porque no me detengan,
no me doy por entendido.

Fab. Pues bien, qué tenemos? *Arist.* Nueva
esperanza. *Fab.* Qué te ha dicho

este inculcador de estrellas?

Arist. Que de los campos Eliseos
sacará á Erudice bella
Ofeo, con condicion
de que á mirarla no vuelva
hasta entrar en Tracia, y yo:
pero despues lo que intenta
mi amor has de ver; ven presto,
que ya el pecho no sosiega
hasta vencer con mi astucia
los influxos de mi estrella. *Vase.*

Irene. Hay mas extraño suceso!

Felis. Un volcan el pecho alienta:
haslo visto, Irene ingrata?

Irene. Confieso que estoy suspensa!

Felis. En fin, es este Aristéo?

Irene. Y qué importa que lo sea?

Felis. No me obligues á que olvide
mi respeto y tu decencia.

Irene. Pues qué imaginas? *Felis.* No sé.

Irene. Dilo. *Felis.* Me irritas: pues niega
que aquí veniste á buscarle:
niega que:— *Irene.* Deten la lengua,
que te arroja tu locura
á tan profunda baxeza,
que aunque mi piedad te busque,
te sepultará mi ofensa.

Felis. No barajas mis razones,
que es antigua estratagemá
de la culpa. *Irene.* Felisardo,
no son dignas esas quejas
de mi oido, no te escucho,
vuelve en tí, de mí te acuerda,
ó quéjate como á mí
si quieres que yo lo atienda.

Felis. Amor y zelos, ingrata,
todo lo igualan; no quieras,
que si ultrajas tu decoro,
tu decoro te defienda.

Irene. Felisardo, no he de oírte
ni te entiendo: á Dios te queda,
y aprende á sentir mejor,
ó tú mismo te consuela.

Felis. Vete y déxame, que ya,
aunque en la demanda muera,
no volverán á cansarte
mis inútiles finezas.

Irene. Qué dices?

D.

Felis.

Felis. Que no he de verte
mas en mi vida. *Irene.* Lo aciertas,
y de negarme á tus ojos
me excusas la diligencia.

Felis. Muerto voy! *Irene.* Sin vida quedo!

Felis. Paciencia, Amor. *ap.*

Irene. Valor, penas. *ap.*

Felis. Ay Amor á lo que obligas!

Irene. Ay honor lo que atropellas! *Vanse.*

*Suena dentro ruido de chusma con voces,
y dicen Aqueronte y Anfriso.*

Aquer. Boga de sotavento.

1. Vuelve á templar la vela con el viento.

2. Sigue. 1. Camina. 2. Alienta.

Aquer. Quién desmaya?

1. Aguardemos á O. feo.

2. Vaya. *Todos.* Vaya.

Aquer. Boga á babor, canalla sin gobierno.

Anf. Buen viaje, que vamos al Infierno.

*Salen Aqueronte, Barquero del Infierno, y
dos Ministros suyos, Orfeo y Anfriso
con la lira.*

Aquer. Esta es la playa, enamorado Orfeo,
hasta hoy nunca hallada del deseo:
discurre pues, ó prodigioso amante,
y enternece esas puertas de diamante:
pidela á Proserpina atento oído,
q̄ aunq̄ de humana voz nunca fué heri-
bien puede tu armonía soberana (do,
ir segura, que no es tu voz humana.

Orf. Cómo, Aqueronte, en tanta pena mía,
tan desigual dolor tendrá armonía!

Ay Erudice hermosa! si al acento
de mi voz le sirviera aquel aliento,
que al morir me usurpaste;

mas ya que sin aliento me dexaste
(por decreto fatal del hado impío)
vuelve hoy á mi pecho, dueño mio,
pues te lo pide el alma enternecida.

Anf. Señor, á dónde vamos?

por Dios, q̄ si es posible nos volvamos,
que esto (si bien en ellos se repara)
es llevarnos los diablos cara á cara.
Que haya hombre, q̄ neciamente tierno
por su propia muger baxe al Infierno?
Si fuera por su Dama, aun eso fuera
para el demonio cosa llevadera;

pero al que es lino con su matrimonio,

no lo podrá llevar ni aun el demonio.

Yo baxar al imperio de la brasa
por mugercita que se cae en casa?
eso no, que es de inútiles talentos
con sus cosas andar de cumplimientos.

Aquer. Bárbaro, estás de chiste
aquí, donde es oficio el estar triste?

No sé como lo sufren mis enojos:

por la estigia laguna, que en tu ojos
infundiera mi voz eterno sueño,
si á la voz no atendiera de tu dueño.

Orf. Majadero, no miras dónde estamos?

1. Parécete, señor, que le sirvamos
por gustoso este plato al Cancervero?

Anf. Plato? eso no. *Aquer.* Dexadle.

Anf. Olvidar quiero

lo gustoso que de este trance es justo,
porque no es el camino para gusto.

Aquer. Venid, O. feo, venid, yo iré delante.

Anf. Yo me asgo de tí.

Aquer. Tente, ignorante,
que si este umbral penetra tu osadía,
no verás otra vez la luz del dia.

Orf. Dame esa lira.

Anf. Y me he de quedar solo?

eso no, vive Apolo, *Dale la lira.*
que en este sitio, y léjos de tu canto,
me dará alferecía del espanto.

Aquer. Toma ese anillo, q̄ el solemne dia
que robó á Proserpina, Reyna mía,
Pluton me dió, con él quedas seguro,
y los dos le asistid. *Dale un anillo.*

Anf. Oygan, qué puro

es el diamante: gran fineza encierra!
mas qué mucho, si es fondo de la tierra.

Aquer. Vamos, divino Orfeo.

Orf. Apadrinen los Dioses mi deseo.

*Descúbrese el Infierno y vanse, y queda
Anfriso en medio de los Ministros.*

1. Paréceme (con quién hablo?)

que tiene de verse aquí
algun miedo: no es así?

Anf. Acertó: digo que es diablo.

1. Lléguese acá. *Anf.* Mas deseo
huir de aquí como un galgo.

2. Mire hácia dentro: vé algo?

Anf. Fuego de Dios lo que veo.

1. Allí en tormentos y calma

muy

muy aprisa se verá.

Anf. Yo ? 2. Si. *Anf.* Pues me pesará,
y me pesará en el alma.

2. Mire con quan espaciosa
llamas aquel fuego viene.

Anf. Bravísima flemma tienes;
parece eterno en sus cosas.

1. Tres que están hácia esta quiebra
son las Parcas. 2. Con medida
traen el hilo de la vida.

Anf. Mozas son de buena hebra.

1. Aquellas tres que señalo,
son las furias. 2. Su cabello
es de culebras. *Anf.* A vello ?
aun están en pelo malo.

1. Aquel:- mas ya se escondió.

Anf. Quién era ? 1. El miedo , y se fué.

Anf. No se ha perdido. 1. Por qué ?

Anf. Porque aquí le tengo yo:
y aquella que miro allí,
quién es ? 2. La vejez. *Anf.* Acá
parece moza. 2. Será,
que por eso vino aquí.

Anf. Y aquella ? 1. Es la desventura.

Anf. Y esotra ? 2. Esa es la pereza.

Anf. Y esta de aquí ? 1. La torpeza.

Anf. Y la de allá ? 2. La locura.

Anf. Esa es mi hija. 2. Por qué ?
mire , hermano , lo que dice.

Anf. Yo sé muy bien que la hice
el día que me casé.

1. Ya le han dicho que no diga:-

Suena dentro una lira.

Pero qué dulce rumor
de las furias el rigor,
de las Parcas la fatiga
suspende ? *Anf.* Mi amo es,
que su cantar ha empezado.

2. El desórden se ha quietado
del abismo. 1. Oygamos pues.

*Canta dentro Orfeo á lo léjos , ó el Músico
que mejor cantare por él.*

Orf. Moriste , Ninfa bella,
en edad floreciente,
que tu muerte entre flores
se oculta qual serpiente.

Acércanse los Ministros hácia donde cantan.

1. Qué soberana dulzura !

2. Qué armonioso deleyte !

Anf. Ellos se van : ha señores ?

1. Calla , truhan. 2. Loco , tente.

Cant. Orf. Moriste , y Amor luego
rompió el arco impaciente,
casto amor , no el que tira
fichas de oro luciente.

1. Todo el pecho me arrebatá ! *Vase.*

2. Toda el alma me suspende ! *Vase.*

Anf. Por Dios , que me dexan solo;
señores , miren ustedes:

buena la hicimos , los diablos
me han llevado lindamente.

Cant. Orf. Ninguno hay en la selva,
que su fin no lamente,
ó sátiro sea duro,
ó vírgen inocente.

Anf. Muriéndome estoy de miedo:

qué haré en temor tan urgente ?

de mi sortija me agarro:

pero qué es aquesto ? fuése

con los diablos , que las piedras

seguir á mi amo suelen,

y el diamante se acordó

de que era piedra luciente.

Desventurado de mí,

que solo y muchacho en este

Benamegí de acá baxo,

no tengo de quien valerme.

Yo estoy temiendo algun diablo,

que la voluntad me fuerce.

Orfeo , ya se ha alejado

su voz , señor , no me dexes

condenado ; Dioses santos,

yo os hago voto solemne

de querer á mi muger;

sacadme á tierra patente;

y será vergüenza verme.

Fenisa es toda mi vida:

pero qué es esto ? parece

que en otra region las plantas

he puesto súbitamente.

Cielo claro es el que miro !

el que piso es campo verde !

sin duda que me han echado

por vivo de aquel albergue,

porque no inquiete los muertos,

ó la vida no les pegue.

Tierra es esta ! algún catarro me ha de dar , según parece , porque es tierra fría , y yo salgo de tierra caliente.

Mucho les debo á los Dioses , salí de un peligro fuerte ; yo pienso que hay opiniones , que el voto no comprehende , como no se revalide quando el peligro se vence :

Dígolo , porque si hallo modo de estarme en mis trece , no he de querer á mi esposa mas de lo que yo quisiere.

Pero qué miro ! ó me engaña el deseo , ó allí viene

Orfeo , y poco detras

Erudice ; lindamente

ha negociado , qué hermosa

viene ! un cándido roquete

con cosas de tunicela ,

desde el hombro al pie descien-
de ;

mas él no vuelve á mirarla :

si habrán reñido , y no quiere

dar á torcer su pescuezo ?

Salen Orfeo , y Erudice un poco detras muy bizarra.

Orf. Anfriso. *Anf.* Dame mil veces

esos pies : tú otras mil ,

si mis labios te merecen

descalzar. *Erud.* Guárdete el Cielo.

Anf. Qué hermosísima que vienes !

mas tú , señora , eras buena ,

y así te está bien la muerte.

Orf. Calla , Anfriso , no me irrites

los deseos. *Anf.* Pues qué tienes ?

Ea , no haya mas , señor ,

la cara á tu esposa vuelve ,

ya sé que para reñir

dos amantes , travar suelen

la ocasion de los petillos ,

si no alcanzan al copete ;

por mí has de volver ahora

á mirarla. *Orf.* Loco , tente ,

que me aventuras la dicha

que los Dioses me conceden.

Anf. Si yo os entiendo , otra vez

el diablo de paz me lleve :

qué es esto ? *Orf.* Ay Anfriso amigo !

ser yo infeliz , y quererme

decir , que en un desdichado

aun las dichas se padecen.

Los Dioses (terrible pacto !)

los Dioses , al concederme

á mi esposa , me mandaron ,

que á mirarla no volviese

hasta que llegase á Tracia ;

pena de perder la suerte

que me han permitido. *Anf.* Rara

Alcaldada ! pero tente ,

que yo soy gran Estadista ;

y pues tú mirar no puedes

á mi señora , tampoco

la he de ver , por no excederte

en la dicha , que el criado

que envidiado llega á verse

de su amo , en poco estima

la duracion de su suerte.

Orf. Erudice mia ? *Erud.* Esposo ?

Orf. Háblame , que está impaciente

ya mi amor , y cada instante

que no te escucha , te pierde.

Erud. Lo mismo queria pedirte.

Orf. Quieres saber de qué suerte

padece el alma tu ausencia

de los ojos impacientes ?

Erud. Solo , esposo , el escucharte

podrá suplir el no verte ;

di , que ya el alma se asoma

al oido. *Orf.* Pues atiende.

Señora , el Cielo inhumano

anda extraño en mi pesar ,

pues me aflige el desear

lo mismo que está en mi mano :

qué impulso blando y tirano

gobierna este devaneo ?

Muero porque no te veo ,

de cobrarte desconfío ,

y déxame el alvedrío

para enfrenar el deseo.

No ha visto pecho mortal

las ansias , que en mí se vén ,

pues lo mas fácil del bien

es lo mas duro del mal.

Perdió de un soplo fatal

tus lúces el alma mía;
mal dixé, la noche fría
amaneció á mis enojos,
y me han cerrado los ojos
para recibir el día.
Mas si la voz de un amante,
quando el dolor le provoca,
mucho mejor que en la boca
se articula en el semblante,
qué importa que yo constante
merezca tu compasion,
si al pronunciar mi pasion
el viento la voz hereda,
y en los ojos se me queda
el alma de la razon?

Erud. Tente, esposo, no prosigas:
echas de ver que no puede
el corazon con los ojos,
y entre piedades crueles
convocas á los oidos
para acabar de vencerle?

Orf. Dices bien: en fin, esposa,
supiste ya de qué suerte
perdí tu retrato? *Erud.* Nada,
que el gusto del alma aumente,
allá en los campos Elíseos
se ignora. *Anf.* Saben ustedes
en qué pensaba yo ahora?

Orf. En qué? *Anf.* En que si de esta suerte
me entregan á mi muger,
no he de saber contenerme,
y he de volver la cabeza
porque el diablo se la lleve.

*Salen Aristéo, Fabio y Criados con las
caras tapadas.*

Arist. En este sitio me dixo
Tebandro, si no me mienten
las señas, que los veria:
pero aquí están; felizmente
ha sucedido: el amor,
quando en pasion se convierte,
no conoce á la razon:
llegad todos, ella viene
detras, cubridla la boca,
porque con voces no altere
la selva, y con esa vanda
sus ojos ligad, no acierte
por donde mi amor la lleva,

pues la lleva ciegame.

Fab. Si los Dioses le mandaron
que á mirarla no volviese
hasta que á Tracia llegase,
no temas, que de esta suerte
se ha de hacer; llegad á un tiempo,
y venga lo que viniere.

*Llegan los Criados, y tapan á Erudice la
boca con un lienzo, y llévanla.*

Orf. Ea fin, esposa, Aristéo
fué la causa de tu muerte,
intentando mi deshonra?
pues por los Dioses, que atienden
mi razon y su locura:—

Anf. No es tiempo de roncás este.

Orf. Dices bien, calle la ira,
donde el amor prevalece.

Anf. Eso, señora, los dos
te queremos bravamente,
mas no te podemos ver.

Orf. Erudice mía, vienes
muy cansada? *Anf.* No se cansan
tras los hombres las mugeres.

Orf. Mi bien, pues no me respondes?

Anf. Señora, no nos atiendes?
ha señora? *Orf.* Santos Cielos,
qué es esto! ahora enmudeces?

Anf. Si piensa que hablas con otra,
cómo á mirarla no vuelves?

Orf. Erudice.

Anf. A esotra puerta.

Orf. Pues si responder no quieres,
ya no hay valor: mas qué esto?

Vuelve á mirarla.

Válgame el Cielo!

Anf. Qué tienes?

Orf. Ay Anfriso! yo me he muerto,
rompí las fatales leyes;
sin duda airados los Cielos,
de que á mirarla volviese,
en la variedad del viento
su forma me desvanecen.
Eudice, esposa.

Ent. Erud. Orfeo.

Orf. Mi bien, aguarda; detente,
entre los ayres su voz
ménos informa, que hiere:
qué yo volviese á mirarla!

pesc

pese al corazón rebelde !
para cuándo son las ansias,
que en suspiros la resuelven,
si sus alas no me sirven
para alcanzar á la muerte,
que huye tanto la desdicha,
que parece que la teme ?

Anfriso , perdí á mi esposa.

Anf. Déxame que á Tracia llegue,
que yo volveré á buscarte.

Dent. Erud. Orfeo. Orf. Mi bien.

Anf. No tiene,

pues se pregona ella misma,
mucha gana de perderse.

Orf. Por aquí suena la voz,
tras ella voy. Anf. No hay mugeres
tan fáciles de buscar,
como aquellas que se pierden:
vamos. Orf. Esposa , no huyas,
hermoso dueño , detente,
que he de morir si me dexas,
aunque le pese á la muerte. *Vanse.*

Salen Irene y Sirena.

Irene. Sirena , oye. Siren. Señora,
qué tienes ? Irene. Llega , que vengo
absorta de lo que he visto.

Siren. Pues qué ha sido ?

Irene. Discurriendo

con Fenisa , la criada
de Erudice (en cuyo pecho
buscaron alguna luz
las tinieblas de mis zelos)
á este Jardin me baxé,
y apenas supe que Orfeo
perdió el retrato , que ha dado
tanta materia á mi incendio,
y volvió por Felisardo
mi razon ó mi deseo,
quando desde esa ventana
(mirad si admirarlo puedo)
he visto que entre unos hombres,
que con los rostros cubiertos
ocultar quieren el mismo
delito que van haciendo,
por esa vecina senda
va (pero llegad á verlo)
una muger de buen trage.

Siren. Hay mas extraño suceso !

y acá se acercan , señora.

Irene. O yo me engaño , ó tras ellos
vienen aquellos dos hombres
que están un poco mas léjos.

Siren. Dices bien , y las espadas
desnudan todos. Irene. Orfeo
parece. Siren. Sin duda es él.

Suena dentro ruido de espadas.

Irene. La muger se aparta de ellos,
y como tiene vendados
los ojos , los va supliendo
con las manos : vete presto,
y éntrala acá. Siren. Ya dese
saber la causa. *Vase.*

Irene. Qué osados
esgrimen el blanco acero !
hay tal novedad ! el Parque
selva encantada se ha vuelto.
Mas no es Felisardo aquel,
que ahora al confuso estruendo
de la pendencia ha llegado ?
él es sin duda : qué es esto ?
Ola , Criados , salid
á defenderle , que el pecho
despues que oyó su disculpa,
no puede sufrir su riesgo.

Sale Celia , Criada.

Celia. Ya , señora , hasta aquí llega
Felisardo con Orfeo
al Jardin , y los contrarios
como muy hombres huyeron.

Salen Orfeo , Felisardo y Anfriso.

Orf. El uno quedó en el campo.

Felis. Entrad ; pero deteneos,
que está aquí la Infanta.

Anf. Bravo

valor traygo del Infierno.

Irene. Qué suceso ha sido este,
Felisardo ? cómo , Orfeo,
con sangre os recibe Tracia,
quando haceis su nombre eterno
por vuestro amor ? Orf. Como soy
infeliz , y es justo el Cielo,
castigando en mi obediencia
lo rebelde á sus preceptos.
Ya sabes , hermosa Irene,
que fiado en el acento
de mi voz , baxé á sacar

de

de las sombras del Erebo
 á mi esposa, pues apenas
 arrimé el sonoro leño,
 quando á mi Erudice bella
 los Dioses me concedieron,
 con calidad que á mirarla
 no volviese, hasta que el suelo
 de Tracia pisase; y yo,
 loco, divertido ó ciego,
 rompí la ley; eso quiso
 quien la fió á mi deseo.
 En fin, yo perdí á mi esposa,
 y loco de sentimiento
 discurrí por ese campo,
 volviendo á Vizancio á tiempo,
 que de un tropel de embozados,
 desnudando los aceros,
 se apartaron dos, y á mí
 coléricos se vinieron;
 mas yo arrojándome osado,
 que es muy valiente el despecho,
 de la primera estocada
 hallé un enemigo ménos,
 á cuya defensa todos
 los del tropel acudieron,
 y á mi lado Felisardo
 desempeñó mi ardimiento,
 y me traxo á tu presencia
 como si no fuera cierto,
 que dar vida á un desdichado
 es dilatar el tormento.

Irene. Y no se sabe quién fué
 el muerto? *Felis.* Todos riñeron
 con las caras encubiertas.

Irene. Bien será enviar á saberlo.

Sale Fabio.

Fab. Señora, si una desdicha
 merece el oido vuestro,
 sabed que en aquese campo
 en su propia sangre envuelto
 queda el Príncipe de Arcadia.

Irene. Quién? *Fab.* El Príncipe Aristéo.

Orf. Qué dices? viven los Dioses,
 que ha sido un errado acierto,
 pues porque inquietó á mi esposa
 con torpe indigno deseo,
 le quitara yo la vida,
 y aun con escrúpulo quedo

de ver, que haya obrado el acaso
 lo que tocaba á mi esfuerzo.

Irene. Extraño suceso ha sido.

Felis. Para mi amor, por lo ménos,
 aunque es suceso infeliz,
 es favorable suceso.

*Sale Sirena, que trae á Erudice cubierto
 el rostro.*

Siren. Entrad, señora. *Erud.* Ay de mí
 dónde estoy, que el torpe velo
 que los ojos me aprisiona,
 no puedo romper? *Felis.* Qué es esto?

Siren. Señora, aquella muger
 que viste apartarse huyendo
 de aquel tropel de embozados
 es esta, que allá en lo denso
 del bosque la hallé turbada;
 y trae un nudo tan ciego
 en esa vanda, con que
 tiene los ojos cubiertos,
 que no han podido mis manos
 desatarle. *Irene.* Llegad presto,
 descubridla. *Erud.* Cielos, dónde
 me esconderé de mi miedo?

Orf. Yo llegaré, por si en ella
 otro torcedor encuentro,
 que mi pérdida me acuerde

Quítale la vanda á Erudice.

ó mi enojo: mas qué veo!
Erudice mia? *Erud.* Quién?
 hay dicha mayor! *Orfeo?*

Orf. Apenas creo á los brazos!

Erud. A la vista apenas creo!

Orf. Es esto sueño ó verdad!

Erud. Es esta verdad ó sueño!

Orf. Pues cómo has llegado aquí?

Erud. Yo solo sé, que viniendo
 tras de tí, un tropel de hombres
 cubriéndome con un lienzo
 la boca, y con una vanda
 los ojos, me conduxeron
 breve rato, y al ruido
 de una pendencia acudieron,
 y yo me pude escapar.

Orf. Luego fué el mismo Aristéo
 el que te robó á mis brazos?
 mas ya me ha vengado el Cielo.

Irene. Portentoso ha sido el modo!

Orf.

Orf. El mismo fué el instrumento
de que yo no la perdiese,
pues la traxo al Tracio suelo,
que fué el coto que los Dioses
pusieron á mis deseos,
y casualmente en él
he vengado los intentos.

Felis. Nadie que el caso atendiere
hallará culpa en Orfeo.

Irene. Antes es bien que celebre
Tracia su venida, y quiero
aplaudirlo yo, premiando
los bien nacidos afectos

de Felisardo. *Felis.* Mi amor
responda por mí. *Danse la mano.*
Anf. Y con esto,
señores míos, se acaba
la gran fábula de Orfeo,
sin mi muger, porque nada
tenga de trágico el cuento.
Al curioso que quisiere
muy atacado á lo cierto
de una fábula, que vuelva
Erudice á los Infernos,
para la segunda parte
se le convida. LAUS DEO.

F I N.

CON LICENCIA : EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda
de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se
hallará esta y otras de diferentes Títulos,

Año 1765.

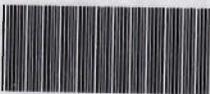


no.

la
al



BIBLIOTECA NACIONAL



1000611721